Entreletras, N° 8. Julio- diciembre de 2020. pp. 64-87

La crítica literaria y la formación de la literatura venezolana

Celso Medina
Universidad Pedagógica Experimental Libertador
Instituto Pedagógico de Maturín
medinacelso@gmail.com

Fecha de envío: 17 de julio de 2019

Fecha de aprobación: 06 de noviembre de 2019

Resumen

La afirmación esencial del presente artículo es que en Venezuela la crítica literaria ha sido un factor fundamental para estructurar e instituir la literatura nacional. Esa crítica tiene varios ámbitos: los periódicos, las revistas y las universidades, con sus centros de investigación. Para el abordaje del problema investigado, se considera la crítica partiendo del contexto de la tríada concebida por René Wellek, que incluye la historia, la crítica y la teoría. En ese sentido, el trabajo del crítico literario venezolano ha tenido no solo que ocuparse de leer las obras, sino que se ha visto obligado a situarlas contextualmente y a abordar su ecología, tomando en consideración todos los factores que construyen sus sistemas: revistas, métodos de análisis, influencias, manifiestos, antologías, polémicas, grupos estéticos y grupos ideológicos, entre otros elementos.

Palabras claves: crítica literaria, literatura venezolana, la institución literaria.

Abstract:

Literary Criticism and the development of Venezuelan literature

The essential claim of this article is that, in Venezuela, the literary criticism has been a key element for structuring and founding the national literature. This criticism comes from different sources: newspapers, literary magazines, and universities, with their respective investigation centers. To approach this topic, we consider literary criticism parting from the context of the triad proposed by René Wellek, which includes history, critique, and theory. In this sense, the Venezuelan literary critic has been obliged to, not only read the works, but also to take into account all the elements that make up their systems: magazines, methods of analysis, influences, manifestos, anthologies, polemics, aesthetic groups, ideological groups, among others.

Kerwords: literary criticism, Venezuelan literature, literary institution.

Los textos literarios existen, autónomos, a pesar del olvido de la actualidad que los rodee: ambos excesos cubren sus páginas, para retenerlos en el silencio o para interpretarlos…

Notas para un prólogo de El cuento venezolano. Antología de José Balza

Por eso, la manera más sensata de criticar es la que no juzga, la que se conforma con escudriñar simplemente, y construir sobre los cimientos de la obra un humilde y franco edificio de comentarios.

Jesús Semprum

Introducción

La literatura venezolana tiene en la crítica literaria su principal fuente de formación. Sin ella, solo sería una suma de textos condenados al silencio. Porque no bastaría que tuviese lectores, necesitaría una institución, cuyo objetivo fundamental sería, según Gregory Zambano, "la fijación categórica de lo nacional" (2012: 8).

Para poder avanzar en esa idea, será necesario que recurramos a un concepto de crítica. Podríamos ayudarnos de

René Wellek (1968), para ubicarla en el triángulo de conceptos que da cuenta de los estudios literarios, constituido por la historia literaria, la teoría literaria y la crítica. Afirma el crítico checo-estadounidense. "… que es inconcebible la teoría literaria sin la crítica o la historia o la crítica sin la teoría o la historia, o esta última sin las dos primeras". (1968: 11) Nosotros queremos entenderla no como una tríada, sino como un complejo único que singulariza una obra, en un marco histórico y teórico.

Albert Thibaudet (1930) entiende la crítica como "… un cuerpo de escritores más o menos especializados, que tiene la profesión de hablar sobre libros". Entonces, un crítico es un escritor cuya profesión es leer las obras de los otros. ¿Para qué las lee? Pudiera ser para evaluarlas, sin que confundamos la evaluación con la sentencia que juzga, pero también para hacer un trabajo de investimento, pues darle el carácter de "obra" está también en sus tareas. Pero, ¿qué resulta de esa evaluación? Carlos Sandoval (2019) se inclina por "encontrar la manera de sacarla al foro público, único modo de alentar el pensamiento ordenado no sólo relativo a la literatura, sino como práctica social de amplias repercusiones civiles". Por ello, la crítica literaria tendría que "ayudar a pensar". Y ese "humilde y franco edificio de comentarios" podría ser un auxiliar potente para la actividad de reflexión.

La crítica literaria y el sistema literario nacional

La crítica trabaja con un sistema literario. Si no, estaría condenada a ser una intrascendente gestora de opinión, y sería víctima de la entropía. Por ello, está obligada a sostenerse en una literatura, y la más inmediata que tiene es la literatura nacional. ¿Qué es una literatura nacional? Diríamos que es el conjunto de obras que tienen autoría concreta y cuyos creadores pertenecen a algún país, bien porque hayan nacido en él o porque hayan hecho de él su lugar existencial. La crítica literaria estaría obligada a dar cuenta de esa fuerza sistémica que construye las fronteras de las literaturas de los países, aunque ellas no se alimenten de límites, sino de umbrales. La literatura, entonces, no es del "mundo", sino de ese espacio donde se crea y se lee.

En una literatura nacional intervienen los escritores, las editoriales, las escuelas, el periodismo y sobre todo la crítica literaria. Pero el peso de cada uno de esos elementos es desigual. En Venezuela, el trabajo más eficaz en su literatura lo ha venido haciendo la crítica.

En concreto, nosotros hablaremos del sistema de la "Literatura Venezolana" para procurar explicar cómo puede romperse ese silencio de los textos, del que nos habla José Balza, en su brevísima introducción al cuento venezolano (1996).

Una literatura nacional escenifica la dialéctica de "la esencia y el desiderátum" de un país que aspira a perfilar una identidad. Para Gustavo Luis Carrera

> … lo nacional como esencia es un surgimiento natural, espontáneo- por así decir-, resultante de una dinámica propia que exige su lugar físico y espiritual; mientras que lo nacional como desiderátum es una doctrina, una noción cognoscitiva y valorativa, que se traduce en una prédica y en un proceso de defensa y de fortalecimiento de un principio de afirmación de lo propio (1984: 120).

Si seguimos la semiótica cultural de Lotman (1996), podemos hablar de la literatura nacional como una importantísima fuente que patrimonializa la producción de esa elusiva esencia, que acciona en permanente contradicción con la escena de los valores públicos y privados, y que al establecer relación con otros textos va a romper esos silencios ya anotados. Esa literatura se nutre de los símbolos esenciales (el haber colectivo), de los símbolos evidentes (reconocibles y discutibles), de los símbolos privilegiados (seleccionados por las instituciones sociales, entre ellas la institución literaria) y de los símbolos convencionales (los que describen al país a través de íconos muy explícitos, como banderas, himnos, etc.) ; todos, al unísono, dan cuerpo a lo que llamamos nación, en la que vivimos cabalgando sobre una gran paradoja: una esencia cambiante.[1]

Pero, si la literatura se trama con esa coherente y conflictiva unidad de los símbolos que configuran al país, ¿cómo se hace ella patente? No basta la suma de las obras producidas. Necesita de un proceso de articulación que la convierta en un sistema de semiosis cultural (insisto en la visión de Lotman, 1996) que dé cuenta de su compleja particularidad. Y es precisamente para servir de tejedora de esa urdimbre que existe la crítica literaria, cuya mirada hace posible que esas obras se lean como un sistema inmerso en la cultura venezolana.

Luis Miguel Isava (2016) afirma que "sin crítica no habría literatura", lo que nos permite afirmar que en Venezuela existe una literatura porque la ha creado la crítica. Sin ella, la Literatura venezolana no existiese y sería la suma de textos mudos o una biblioteca babelizada. Aquí la literatura empezó a nacer en el fragor de nuestra crítica.

[1] . Parafraseo aquí ideas de Gustavo Luis Carrera (1984)

El crítico como escritor

Creemos que el protagonista de la crítica, el crítico, es también un escritor, que comprende y articula el hacer literario. Guillermo Meneses, ficcionador y crítico, arroja una importante luz sobre el rol del escritor, cuando nos dice:

> El hecho de ser escritor-la certeza de tener la vocación de escritor- reside en la creencia errónea- o verdadera- de poseer un instrumento destinado a comprender el mundo y a expresar esa comprensión. De tal conciencia resulta además el suponer que dicha facultad es suficientemente importante como para transmitirla a los demás (1967: 7).

Esa decisión de suponer que lo que se comprende es "suficientemente importante", tiene en el crítico a un validador privilegiado, quien se ve abocado a una doble misión: refrendar la relevancia del texto y a la vez comprender ese comprender. Ante la posibilidad de "decir lo que la obra dice", no queda sino que emular lo que propone Meneses: "expresar esa comprensión" y atreverse a transmitirla a los demás.

La crítica literaria venezolana es "un cuerpo de escritores más o menos especializados" (Thibaudet, 1930) que han ido tramando nuestra literatura.

Las tareas de la crítica literaria

La crítica literaria desarrolla diversas tareas, y despliega una variedad de discursos para dar cuenta de su actividad interpretativa, que consigue unir los tres elementos del triángulo de Wellek (1968) (teoría-historia-crítica). Por ello, compartimos esta afirmación de Luis Barrera Linares (2007):

> La crítica no es reseña ocasional, no es sesuda y densa monografía sobre obras y/o autores, no es discurso especializado y a veces ininteligible estudio académico, no es comentario oportunista, no es gusto y/o disgusto hacia autores y obras. Es todo eso en conjunto. (95)

¿Qué ha hecho la crítica literaria en Venezuela? Primero, concebir qué es la literatura venezolana. Segundo, investir sus textos, estableciendo criterios muy flexibles en torno al canon literario universal. Tercero, crear los hitos fundadores, para desde allí forjar una historia de la creación literaria nacional. Cuarto, enmarcar nuestra literatura en contextos extranacionales. Quinto, evaluar desde particulares espacios ideológicos los contenidos que circulan en la literatura venezolana.

También podríamos entrar al concepto de temporalidad de la crítica. ¿Dónde busca su corpus de estudio la crítica? Puede localizarlo en el pasado, con fines historicistas o para solicitar del ideario de las obras literarias alguna explicación del presente que vive el crítico o la crítica. Y también puede la crítica detenerse sobre su presente, enfrentando la complejidad que implica la mirada de lo contemporáneo.

La crítica y la fundación de la literatura nacional

La primera tarea de nuestra crítica literaria fue fundar una literatura. Lo primero que se planteó fue construir hitos, de donde suele escamotear el mundo prehispánico, la colonia y las creaciones de la oralidad. Pero la literatura nacional tuvo que esperar el nacimiento de la crítica literaria para darle cuerpo a lo que hoy llamamos Literatura Venezolana, e incorporar esos elementos que la visión occidentalista de los estudios literarios ha venido obliterando.

Esa crítica tuvo a su cargo hacer el relato de cómo sus escritores usaron su "instrumento destinado a comprender el mundo y a expresar esa comprensión" (Meneses, 1967). Esa literatura encarna un país con una compleja historia metamórfica.

En sus inicios nuestra crítica literaria no tenía "obras" que mirar, sino un conjunto de textos que poblaban un país sin tradición de publicaciones, y sin liderazgos intelectuales. Comenzó siendo tímidas reseñas, como la que recoge Ángel Gustavo Infante (2002), por ejemplo, en el periódico El Venezolano, cuyo autor, que firma L.R., asoma este concepto de crítica:

> … la publicidad de la crítica, a la vez que estimula al genio con la grata sensación de ver aplaudidas sus bellezas, es antorcha que le muestra los errores, para aproximarse a la perfección en lo que es dado alcanzarla a la inteligencia humana. (80)

Gregory Zambrano (2012) fija el trabajo fundacional de la crítica venezolana en un espacio donde existía no propiamente el escritor como lo conocemos ahora, sino el polígrafo, un intelectual que no escribía algún género especial, sino que trabajaba en el campo de las ideas. Y en ese sentido, afirma el investigador literario venezolano:

> Es así como esa reflexión empieza a manifestarse de manera crítica, expresada especialmente bajo la forma de ensayos, los cuales, asumiendo la heterogeneidad de los discursos artísticos, perfilaban una crítica literaria incipiente que, en buena medida, iba mucho más allá de la literatura misma y que se difundía principalmente a través de los periódicos que entonces circulaban, los cuales no tenían una gran cobertura con respecto a la totalidad del territorio nacional y se concentraban, principalmente, en las ciudades del centro y occidente del país: Caracas, Valencia, Barquisimeto, Maracaibo y Mérida, entre otras. (7).

Ante la ausencia de los géneros canónicos (poemas, cuentos, novelas, etc.), tuvo nuestra crítica literaria que hacer una importante operación de investimento, para proveerse de un corpus de estudio. Era la manera de hacer su trabajo de generalización; necesitaban un punto de origen. Y así tuvieron que fundar una literatura, casi sin textos literarios y sin literatos.

Podríamos, entonces, decir que antes que literatos en el sentido canónico, existió el escritor polígrafo; es decir, aquel que escribe textos no plegado al modelo del cuento, de la poesía, de la novela o del teatro. Es más bien un libre pensador y libre creador, como el padre Juan Antonio Navarrete (Guama, Yaracuy, 1749-1814), o como la mayoría de los textos escritos por los que integraron la llamada Sociedad de Amigos del País, creada a raíz de la liquidación del proyecto de Gran Colombia, en 1830.

Pero muy tardíamente la crítica literaria se fijó en la franja histórica que copó todo el proceso de independencia. No se creyó necesario incorporar a nuestro sistema literario ese repertorio de discursos, poemas ocasionales, cartas, etcétera, pues no concordaban ni con el sistema de géneros clásicos ni se consideraban dignos de entrar a la exégesis de los críticos. Miliani dice al respecto: "Así se funda nuestra literatura, sobre base endeble. La Independencia política era tarea mayor en urgencias; la emancipación literaria vendría después, con la República". (1971: 110)

José María Baralt, Fermín Toro y la "Fijación" de la patria

Dos figuras destacan en la tarea de fijar un hito fundacional de la literatura nacional.

El primero de ellos fue Rafael María Baralt, que aunque creador de poemas, su relevancia se sustenta en su condición de figura intelectual, que complejiza el concepto de lo que es un escritor auténticamente venezolano. Cabalgó entre tres nacionalidades: venezolano, español y dominicano. Polemista en sus escritos y en sus gestos. Escribió la primera historia nacional, por encargo del gobierno de Páez, se nacionaliza español, es el primer hispanoamericano en ocupar un sillón en la Real Academia de España.

El otro fue Fermín Toro, promotor del Liceo Venezolano (1842), que abrió el camino para la consolidación en el país de los géneros literarios occidentales, que hasta ese momento habían tenido poca implantación (sobre todo la novela y el cuento), lo que sirvió para crear un público lector muy importante. De igual manera esa publicación introdujo el cuadro de costumbre, que se hizo muy popular. Actuó ese periódico como tribuna del romanticismo venezolano y expuso las prédicas del Socialismo Utópico. En sus páginas publicó Fermín Toro la primera novela venezolana, *Los Mártires* (1842). Toro describe así ese clima cultural: "El sentimiento necesitaba también de pábulo; romances de todo linaje abundaron, y nuestra juventud no fue ya extraña a la contienda de las escuelas clásica y romántica" (citado por Miliani, 1971: 121).

En el intento por sincronizar la historia de la literatura venezolana con el canon historiográfico occidental, se coloca esta época del Liceo Venezolano y de Toro como el nacimiento de nuestro Romanticismo, cuyos inicios fueron de esencia social y contestaria. Se sitúa a Toro en ese movimiento, junto a Juan Vicente González. Este último es un auténtico polígrafo. Sus obras más populares no se ubican precisamente en el espacio de los géneros clásicos. Su *Biografía de José Félix Rivas* y sus *Mesenianas*, no solo se distancian de los referidos géneros, sino que también asumen una metodología poco ortodoxa para abordar la escritura biográfica.

Ese ejercicio de sincronización, que es a la vez un ejercicio de ordenación, lo hace la crítica a partir de una lectura comparativa, que se complejiza cuando leemos las obras de autores que ciertamente pueden ser románticos, pero a los que habría que señalarles sus singularidades, tal es el caso ya citado de Juan Vicente González, cuyo escritura es muy original, al fundir su afecto por lo épico con su mirada mordaz y paródica.

En su trabajo articulativo, nuestra crítica literaria recurre a la historia del pensamiento europeo. En ese sentido, intenta evidenciar la presencia de la Ilustración, del Positivismo y otras corrientes filosóficas que sirvieron de alimento a nuestros literatos y polígrafos. Y también se detiene en el uso ideológico de esas ideas. Por ejemplo, los trabajos críticos de Beatriz González-Stephan (Cfr. 1994, 2011) y Paulette Silva Beauregard (Cfr. 1993) procuran dar cuenta del imaginario de Antonio Guzmán Blanco, con el que pretendió recodificar los símbolos y la historia de Venezuela. En ese proceso de recodificación *Venezuela Heroica* (1881), de Eduardo Blanco, constituye un capítulo estelar. El glamoroso éxito de ese anacronismo genérico -epopeya- no fue debido solo a la calidad que pudo presentar esta obra literaria en sí, sino a la orquestación generada en el marco de los

reacomodos que el guzmancismo intentó hacerle al imaginario nacional. La crítica en este caso se ha visto obligada a tender una mirada colateral a la obra y subrayar en ella el grado sumo del ideario guzmancista, con el que quizás se quería contrarrestar el malestar que había creado la historia de Baralt, poco complaciente con la imagen de Bolívar y la mirada irreverente de Juan Vicente González, quien no esconde sus antipatías con algunos héroes de nuestra independencia. La epopeya de Blanco convierte la historia en una espectáculo y "fija la patria" (Cfr. Beatriz González y Carlos Sandoval, 2011).

El trabajo de la institucionalidad literaria de la época se potenció con los elogios de escritores consagrados, como por ejemplo, José Martí, quien no escatimó lisonjas a este texto de Blanco. Y esa lluvia de loas se extendió en el tiempo, hasta el punto de que en 1911, habiendo pasado tantos presidentes por el país, ya consolidada la dictadura de Juan Vicente Gómez, ese reinado de simpatía llegó a su cúspide, con una "coronación" (Cfr. Acevedo, 1911) del escritor por parte de importantes intelectuales de la época. Ese reinado prosiguió, y en plena democracia los currícula incorporaron esta obra a las guías de bachillerato, y aún se usa. Raquel Rivas-Rojas (2011) sostiene que la trayectoria de Eduardo Blanco

> Podría ser leída como un paradigma de las operaciones que realizaron los letrados criollos del siglo XIX, en su afán de acumular un capital simbólico rentable en tiempos de escasez e inestabilidades varias (2011:58).

Las antologías y la crítica oblicua

Isava (2016) señala que las antologías son una crítica oblicua, puesto que recogen las obras, las ordenan, las juzgan, incluyendo algunos autores y excluyendo otros. Esa tradición se inició en Venezuela, en 1875, cuando aparece una edición conjunta de Rojas Hermanos Editores en Caracas y Jouby et Roger Editeurs en París, de la *Biblioteca de Escritores Venezolanos Contemporáneos*[2], compilación de textos de escritores venezolanos, acompañada de noticias biográficas. Su autor fue José María Rojas, Ministro Plenipotenciario de Venezuela en España para esa fecha. Para Omaira Hernández Fernández (2009), a partir de esa obra

> … se instaura el canon de obras literarias y de autores que serán considerados desde ese momento literatura en nuestro país (instalación de una memoria), y con ella se justifica y se suprime el largo período de nuestra historia literaria en época de la colonia (instalación de un olvido) (p. 113).

Esa tradición reaparece en 1892, cuando Julio Calcaño publica *Parnaso venezolano*. Este libro se inclina por hacer un trabajo de recopilación más completa y alarga el hito fundacional de la poesía venezolana. La antología se acompaña de una introducción, que puede ser señalada como el primer ensayo explicativo de la poesía nacional. Su autor no es complaciente con los poetas seleccionados. Su objetivo viene bien determinado, desde el inicio del texto introductorio: "… muéveme únicamente el anhelo de facilitar con la compilación de monumentos incontestables el estudio del aparecimiento y progreso de la poesía en Venezuela" (1892: VII). Da a conocer a la única mujer poeta de la colonia, sor María Josefa de los Ángeles, en cuyo soneto encuentra la huella de Santa Teresa. Ubica a nuestros escritores en sus idiolectos estéticos, y detecta en ellos una importante formación, cuando dice que "... en las propias obras de estos varones se ve que estaban versados en las literaturas clásicas latina, española, italiana y francesa."(XII). Se lamenta de lo tarde que arriba la poesía a Venezuela. "¿En qué momento histórico apareció entre nosotros la poesía…?", se pregunta. Y se responde: "¡No! La poesía no pudo ni podía aparecer con esplendor ninguno durante el régimen colonial, ni siquiera con el sereno y seguro paso con que apareció en México, en el Perú y la Nueva Granada… Venezuela solo era un país enteramente salvaje ". (VIII).

Calcaño inaugura la crítica a nuestra literatura con una práctica que no desaparecerá de nuestro escenario crítico. Me refiero al juicio sarcástico, hiriente, que más que juzgar descalifica las obras estudiadas. Por ejemplo, de Vicente Salias dice: "aunque ingenioso y fácil, es prosaico y vulgar"; de Juan Bautista de Arriaza, "Algunas de sus octavas rompen el oído con asonancias impropias". Califica de "ridículos versos" de Alonso Escobar. Ese modo de asumir la crítica no desaparecerá de nuestra literatura.

Esa tradición de las antologías proseguirá, sobre todo con dos géneros: poesía y cuentos.

El ensayo, quizás por los problemas conceptuales de ese género, casi no ha sido antologizado.

El más relevante trabajo de recopilación lo realizó Gabriel Jiménez Emán, quien editó, con el respaldo de la Casa de Bello, seis voluminosos tomos bajo la denominación *El ensayo literario en Venezuela*. El primero se publicó en 1988 y el último, el año

---

[2]. Aunque Mirla Alcibiades (2007) es partidaria de correr la historiografía literaria de Venezuela unos años antes de la aparición de ese libro y señala algunas publicaciones que tenían las mismas características de la compilación de Rojas. Y sostiene que "esas compilaciones reunidas bajo los enunciados genéricos de Aguinaldos, Flores, Bilioteca y Álbum, cumplieron una función importante al fijar en sus páginas los nombres de los autores y las producciones que, posteriormente, alimentarían las propuestas reunidas por las que, en opinión de Picón Febres, constituirían las primeras avanzadas historiográfica de nuestro país..." (xxvii).

1991. El primer tomo recoge una importante selección de los textos que pudiéramos denominar los fundadores de nuestra literatura y además muestra textos que van hilvanando la historia de nuestra crítica literaria. Julio Calcaño, Gonzalo Picón Febres, Manuel Díaz Rodríguez, Pedro-Emilio Coll, Pedro César Dominici, Rufino Blanco Fombona, Santiago Key-Ayala, Jesús Semprum, Julio Planchart, ofrecen un paisaje de la creación intelectual de la Venezuela del siglo XIX y de buena parte del siglo XX. No todos esos tomos hablan de la literatura venezolana, pero sí recogen textos que son claves para estudiarla.

Jiménez Emán Subtitula el tomo I de su compilación "El ensayo, para una genealogía de la reflexión", y ubica lo que considera la ensayística fundacional de la crítica literaria venezolana. Su selección prefiere "autores o temas venezolanos como materia de estudio". Y en efecto, este tomo nos coloca frente a esa crítica fundadora, en la que coexistió el conservadurismo y la rigidez de Julio Planchart con las prosas de Luis Correa y Jesús Semprum, que "poseen cierto rasgo periodístico que los proveen de frescura".

Con alcances más limitados, Oscar Rodríguez Ortiz publica en 1983 su *Antología fundamental del ensayo venezolano*. Más que un antólogo, Rodríguez Ortiz se dedicó a conceptualizar nuestro ensayo, perfilándolo en su particularidad, poniendo énfasis en el papel que este texto ha contribuido a aportar elementos caracterizadores de nuestra cultura.

Es imprescindible que nos refiramos a una antología muy original en lo que tiene que ver con el concepto canónico de la literatura. Se trata de *Ensayos y polémicas literarias venezolanas 1830-1969 (2007)* y su autora es Mirla Alcibíades. La presentación de este libro devela una trabajo investigativo de muy alto interés para el conocimiento historiográfico y hasta ontológico de lo que es nuestra literatura nacional.

Los textos que recoge Alcibíades no son ortodoxamente "literarios", si seguimos el canon occidental. Nos propone la autora una lectura inédita de nuestra literatura. Cuando hablamos de lo "ontológico", queremos destacar que esa visión percibe un nuevo ser a estudiar, al dar cuenta de un conjunto de textos que no son ni cuentos ni novelas ni poemas; se puede decir que son, más bien, "creaturas" textuales escritas en el fragor de la Venezuela que va desde 1830, el año en que nos desprendimos de la Gran Colombia y pasamos a llamarnos Venezuela, hasta 1869, un año antes de que asumiera Guzmán Blanco el poder para luego imponer una política literaria estatal, con la que la institución literaria venezolana cambió radicalmente. El mismo título del libro no recoge la vasta pluralidad de las obras que se compilan, puesto que no es solo ensayos o polémicas lo que leemos. Textos como prólogos, necrológicas, biografías, publicidad, entre los más destacan, nos ponen ante una compleja madeja de discursos, que da cuenta del hacer cultural de ese tiempo en nuestro país. Incluso, la categoría genérica de ensayo casi no se deja atrapar por la ortodoxia del canon.

Pero la presentación de Alcibíades, además de reflejar una prolija erudición, se alimenta es una interesante hipótesis sobre la historiografía de la literatura venezolana. Reconoce la impronta de los ensayistas de finales del siglo XIX (Picón Febres, Gil Fortoul, Calcaño, Díaz Rodríguez, Coll, Dominici, etc.). Habla de su "innegable factura literaria", de la "alta madurez estética" y de "su resolución escrita", no obstante advierte:

> Pero el inocultable peso que han adquirido esos nombres en la historia literaria venezolana, ha tenido un efecto negativo en lo que se refiere a la génesis de ese proceso de consolidación. Vale decir, la rutilante presencia de esos nombres han contribuido a anular, casi hasta llevar a la desaparición, los de que aquellos que están en los albores del género en Venezuela (2007: xxxix).

Por último, en relación al texto de Alcibíades, quiero destacar su trabajo de contextualización histórica, que nos permite seguir la pista del lector venezolano. Es muy valioso su aporte de cómo se creó el gusto por la novela, del afán de los incipientes empresarios de la cultura por incentivar hábitos por nuevos géneros, para vender los nuevos productos culturales. Llama también la atención una paradoja: la preeminencia por mucho tiempo del teatro como preferencia literaria, durante la esa época, y la poca atención que le ha venido prestando la crítica literaria.

A continuación esbozamos un intento de cronología de las antologías de la poesía venezolana[3]:

1875. José María Rojas. Biblioteca de Escritores Venezolanos Contemporáneos

1892. Julio Calcaño. Parnaso venezolano.

1906. Cayetano Bethencourt Apolinaris. Parnaso venezolano. Prólogo de Pedro Arismendi Brito.

1926. Mario Briceño-Iragorry. Lecturas venezolanas.

1940. Otto D'Sola. Antología de la moderna poesía venezolana. Prólogo de Mariano Picón Salas.

1942. J.A. Cova. Máximo y menores poetas venezolanos. Selección y notas de J.A. Cova. Prólogo de J. Natalio González.

[3]. Para su ordenamiento fueron valiosos los libros ***Flor y canto. 25 años de poesía venezolana*** (1958-1983), de Elena Vera, ***Contribución a una bibliografía general de la poesía venezolana en el siglo XX***, de Oscar Sambrano Urdaneta y ***Aproximación al canon de la poesía venezolana***, de la editorial Equinoccio, que coordinó Joaquín Marta Sosa.

1946. Luis León. Poetas parnasianos y modernistas.

1950. La generación poética de 1918. Prólogo y notas de Neptalí Noguera Mora.

1950. VV.AA. Antología del Caribe. El Mar Caribe cantado por nuestros grandes poetas.

1954. René Durand. Algunos poetas venezolanos. Prólogo de Mariano Picón Salas.

1958. Francisco Garfias Gines de Albareda. Antología de la poesía hispanoamericana. Venezuela. Vol. 1. Madrid.

1958. Ginés Albareda y Francisco Garfias. Antología de la poesía hispanoamericana. Venezuela. Madrid: Biblioteca Nueva.

1958. Guillermo Sucre. Las mejores poesías venezolanas. Lima: Primer Festival del Libro Popular Venezolano.

1959. José Ramón Medina. La nueva poesía venezolana. Caracas: Asociación de Escritores Venezolanos.

1962. El soneto en Venezuela. Caracas, Gráficas Sites, 1962. Selección y prólogo de Pedro Pablo Paredes.

1964. Pedro Pablo Barnola. Las cien mejores poesías líricas venezolanas.

1966. José Ramón Medina. Antología venezolana. Madrid: Gredos.

1966. José Antonio Escalona Escalona. Antología general de la poesía venezolana.

1966. José Ramón Medina. Poesía de Venezuela. Románticos y modernistas.

1973. Instituto Nacional de Capacitación Educativa. Antología de poesías venezolanas. Ediciones culturales Ince, N° 17.

Eddy Rafael Pérez. Antología dispersa de la poesía venezolana. Bogotá.

1981. Pedro Pablo Paredes. Antología de la poesía venezolana contemporánea.

1981. José Antonio Escalona Escalona. Antología actual de la poesía venezolana (1950-1980).

1983. Juan Liscano. Poesía venezolana contemporánea, una selección.

1986. Javier Lasarte. Poesía venezolana (Antología). Caracas: Círculo de Lectores, 1986.

1988. Douglas Palma. Antología de la poesía venezolana.

1989. Alejandro Salas. Antología comentada de la poesía venezolana.

1991. Javier Lasarte. Cuarenta poetas se balancean. Caracas: Fundarte.

1992. VV.AA. Siete poemas fundamentales. Caracas: Monte Ávila Editores.

1994. Lubio Cardozo. Antología de la poesía venezolana escrita en la guerra de la independencia

1995. Julio Miranda. Poesía en el espejo. Estudio y antología de la nueva lírica femenina venezolana (1970-1994).

1995. Jesús Salazar. Antología de la poesía amorosa venezolana. Caracas: Editorial Espada Rota.

1997. Rafael Arráiz Lucca. Antología de la poesía venezolana (2 tomos).

1998. Rafael Arráiz Lucca. Veinte poetas del siglo xx.

2001. Julio Miranda. Antología histórica de la poesía venezolana del siglo xx (1907- 1996

2001. Rafael Arráiz Lucca. Diez poetas venezolanos del siglo xix.

2001. José Antonio Escalona Escalona. Nueva antología de poetas venezolanos (nacidos entre 1930 y 1960)

2003. Joaquín Marta Sosa. Navegación de tres siglos. Antología básica de la poesía venezolana (182 / 2002).

2004. Eugenio Montejo. Poesía contemporánea de Venezuela. Seul: Embajada de Venezuela en Corea.

2005. Rafael Arráiz Lucca. Poesía venezolana: Antología esencial. Madrid: Visor, 2005.

2005. Círculo de Escritores de Venezuela. Antología poética. Caracas.

2007. VV.AA. Amanecieron de bala. Panorama actual de la joven poesía venezolana. Antología.

2008. Gina Saraceni. En-obra. Antología de la poesía venezolana 1983-2008.

2008. Gustavo Guerrero. Conversación con la intemperie (Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores), que incluye textos del Eugenio Montejo y José Antonio Ramos Sucre, Vicente Gerbasi, Juan Sánchez Peláez, Rafael Cadenas y Guillermo Sucre.

2009. Poesía de Rosario / Ediciones Juglaría. Poesía Latino Americana. Argentina- Venezuela

2010. Arturo Gutiérrez Plaza. Las palabras necesarias, Muestra antológica de la poesía venezolana del siglo XX.

2013. Joaquín Marta Sosa. Navegación en tres siglos: antología Básica de la Poesía Venezolana 1826-2013.

2016. Giordana García Sojo y Luis Lacave. Como una brasa que sigue encendida. Antología de la poesía venezolana.

2016. David Malavé Bongiorni y Artemis Nader. Sobre *Cantos de fortaleza. Antología de poetas venezolanas*.

2019. Miguel Gomes , Gina Saraceni Antonio López Ortega. *Rasgos Comunes. Antología de poesía venezolana del siglo XX.*

2019. Kira Kariakin y Eleonora Requena. El Puente es la palabra (Antología poética de la diáspora)

Respecto a las antologías de poesía, ese trabajo de "crítica oblicua" (Isava) se focaliza esencialmente alrededor de Caracas, Valencia, Barquisimeto, Maracaibo y Mérida, las mismas ciudades que Zambrano señala como foco constelador de la crítica del siglo XIX.

Pudiéramos señalar que la primera antología con rigor crítico la realiza Otto D'Sola. *Su Antología de la moderna poesía venezolana* fue acompañada con el ensayo de Mariano Picón Salas, "Paseo por nuestra poesía (de 1880-1940)". Se unieron allí el ojo escrutador del ensayista y la sensibilidad de un poeta para ofrecer un espectro medianamente convincente del universo de los poetas venezolanos. Ya con más admiración por los poetas que con el gusto por la diatriba o por el panegírico, que empañaron la visión de los antólogos del siglo XIX.

Junto a esas antologías, se cuentan otras que se configuran desde diversas razones: unas se estructuran bajo criterios geográficos; son registros de poetas de los estados o de las principales ciudades del país. Otras veces se organizan a partir de temas patrióticos o de asuntos vinculados al mar, a la montaña, al amor, etc.

A continuación también esbozamos un intento de cronología de las antologías del cuento venezolano[4]:

1875. J.M. *Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos.* Caracas-Paris: Rojas Hermanos Editores y Jouby et Roger.

1923. V. De Pedro. *Los mejores cuentos venezolanos.* Barcelona (España): Cervantes.

1934. VV. AA. *El cuento venezolano.* Caracas: Editorial Élite / Asociación de Escritores de Venezuela.

1940. Julián Padrón y Arturo Uslar Pietri, A. (1940). *Antología del cuento moderno venezolano.* 2 tomos. Prólogo "Esquema de la evolución del cuento venezolano", por A. Uslar Pietri. Caracas: Ministerio de Educación Nacional.

1945. Julián Padrón. *Cuentistas modernos.* Caracas: Ministerio de Educación Nacional.

1953. J.B. Sosa Michelena. *Cuentistas venezolanos.* Ciudad Trujillo. República Domicana.

1955. Guillermo Meneses. *Antología del cuento venezolano.* Caracas: Ministerio de Educación.

1958. C. Dorante. *Los mejores cuentos venezolanos.* Caracas: Biblioteca Básica de Cultura Venezolana.

1962. José Ramón Medina. *Antología venezolana: prosa.* Madrid: Gredos.

1965. Mariano Picón Salas. *Dos siglos de prosa venezolana.* Madrid-Caracas: Mediterráneo.

1967. Congrains Martin. *Antología del cuento venezolano clásico y moderno.* Caracas: Instituto Latinoamericano de Vinculación Cultural.

1967. VV.AA . *Ficción 67.* Prólogo de P. Beroes.

1968). VV.AA . *Narración 68.* Mérida (Venezuela): Euroamérica.

1968. Edmundo Aray. *Aquí Venezuela cuenta.* Prólogo "La lucha con lo real", por Ángel Rama. Montevideo: ARCA.

1970. Navarro, A. Narradores venezolanos de la nueva generación. Monte Ávila, Caracas.

1971. Rafael Di Prisco. *Narrativa venezolana contemporánea.* Madrid: Alianza.

1973). VV.AA. El cuento venezolano en *El Nacional.* Premios del Concurso

1974). VV.AA. *Más cuentos venezolanos.* Caracas: Instituto Nacional de

1974. Humberto Mata. *Distracciones. Antología del relato venezolano.* Caracas: Monte Ávila Editores.

1975. Rafael Ramón Castellanos. Cuentos venezolanos (antología de la narrativa venezolana). Instituto Colombiano de la Cultura.

1977. José Fabbiani Ruiz. *Antología personal del cuento venezolano (1933-1968).* Caracas: Facultad de Humanidades y Educación. Universidad Central de Venezuela.

1978. R. Castellanos. *Cuentos venezolanos (I, II, II1, IV,* V). Caracas: Publicaciones Españolas.

1981. Guillermo Meneses. *El cuento venezolano 1900-1940.* Buenos Aires: Editorial

1985. José Balza. El *cuento venezolano/.* Caracas: Dirección de Cultura. Universidad Central de Venezuela.

1985. E. Galindo, E. y L.M. Guevara. *Nuevos narradores de Venezuela.* Caracas: Instituto Nacional de Cooperación Educativa (INCE).

1989. Gabriel Jiménez Emán. *Relatos venezolanos del siglo XX.* Caracas: Biblioteca Ayacucho.

[4]. Para su ordenamiento fueron valiosos los libros *Relatos venezolanos del siglo XX (1958-1983)*, de Gabriel Jiménez Emán y *Propuesta para un canon del cuento venezolano del siglo XX*, coordinado por Carlos Pacheco, Luis Barrera Linares y Carlo Sandoval.

1992 Luis Barrera Linares. M*emoria cuento. 30 años de narrativa venezolana (1960- 1990).* Caracas: Contexto Audiovisual 3 / Pomaire.

1992. VV. AA. *Narradores de* El Nacional (*1946-1992*). Caracas: Monte Ávila Editores.

1992. VV.AA. Venezuelan Short Stories / Cuentos venezolanos. *Caracas:*

Monte Ávila Editores.

1994 Luis Barrera Linares. Recuento. Antología del relato breve venezolano (1960-1990).

1995. Z. Aponte y José Balza (comps.), "Literatura venezolana hoy", en Studi di Letteratura Ispano-Americana, 26, Bulzoni Editore, Roma.

1994. María Pilar. *Antología del cuento venezolano.* Caracas: Panapo.

1995. Judith Gerendas y José Balza. *Narrativa venezolana attuale.* Roma: Bulzoni.

1997. Pedro Díaz Seijas. Aproximación a la literatura venezolana actual. Breve muestrario antológico de la narrativa y la poesía más recientes. *Caracas: Con Textos / Pen Club Venezuela.*

1998. Julio Miranda. *El gesto de narrar* (antología del nuevo cuento venezolano). Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.

2000. Carlos Sandoval. *Días de espantos (cuentos fantásticos venezolanos del siglo XIX).* Caracas: Comisión de Estudios de Postgrado, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela.

2003. Yolanda Pantin y Ana Teresa Torres. El hilo de la voz. Antología crítica de escritoras venezolanas del siglo XX. *Caracas: Fundación Polar / Angria.*

2004. Luz Marina Rivas. L *as mujeres toman la palabra. Antología de narradoras venezolanas.* Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.

2004. L.A. Chirivella. *Antología de la juventud urbana.* Caracas: Fundarte.

2004. Violeta Rojo. *La minificción en Venezuela.* Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.

2005. VV.AA. Cuentos que hicieron historia. Ganadores del Concurso Anual

2005. M. Viso Rodríguez. El cuento breve en Venezuela. Antología (1970-2004). *Caracas: Actum.*

2006. Antonio López Ortega. Las voces secretas. El nuevo cuento venezolano. *Caracas*

2006. J. Gómez Jiménez. *Próximos. Antología de la nueva narrativa venezolana.* Beijing: Embajada de la República Bolivariana de Venezuela.

2006. Ana Teresa Torres. *De la urbe para el orbe. Nueva narrativa urbana.* Prólogo "Nueva narrativa venezolana: de la urbe para el orbe", por L. Barrera Linares. Caracas: Alfadil.

2007. Rubi Guerra. 21 del XXI. Antología del cuento venezolano del siglo XXL *Caracas Ediciones B.*

2009. Carolina Álvarez y Elisa Maggi 46 cuentos, un país.

2009. Violeta Rojo. Mínima expresión. Una muestra de la minificción venezolana.

2009. F. Santaella. Cuentos sin palabrotas. Antología de cuentos venezolanos. *Caracas: Alfaguara.*

2010. Antonio López Ortega., Carlos Pacheco y Miguel Gomes. *La vasta brevedad. Antología del cuento venezolano del siglo XX.* Caracas: Alfaguara.

2010. Gabriel Jiménez Emán. *En micro* (antología del microrrelato venezolano). Caracas

2013. Carlos Sandoval. . De que va el cuento. Antología del relato venezolano

2014. Milagros Mata Gil. Antología personal del cuento venezolano

2017. Laura Antillano. Leer a la orilla del cielo. Antología del cuento venezolano para niños

2017. Miguel Marcotrigiano. Nuestros más cercanos parientes. Breve Antología del cuento venezolano. Kalathos Ediciones.

En el trabajo antológico venezolano se puede observar cómo se ha ido configurando nuestro canon literario. Antonio López Ortega (2019) habla del cuento y de la poesía como los "dos géneros rectores" de nuestra literatura. A partir de esas rectorías, puede visualizarse cómo la institución literaria rubrica la ecología de esa literatura. En el trabajo de antologizar, la poesía se percibe más dinámica. Y se observa que ella, en la última década, tiene mucha actividad en el llamado espacio "diaspórico". Las antologías que se han publicado de 2013 al 2019, todas se han editado en exterior, en especial en España, excepto la de Giordana García Sojo y Luis Lacave, editada por una editorial del estado. Muchas de ellas no obedecen al deseo de ofrecer un panorama histórico de nuestra poesía, se basan en autores muy puntuales y en asuntos también muy puntuales. Es el caso de la que prepararon Kira Kariakin y Eleonora Requena, que surge de una especie de "cadáver exquisito", según explican las autoras. Se trata, esencialmente, de vehiculizar en la poesía la sensación de ser una diaspórica, apuntando directamente hacia el

clima político que vive el país. David Malavé Bongiorni y Artemis Nader optan por la poesía femenina. Tres de esas antologías se orientan hacia una visión panorámica: la de Sosa, inaugura la muestra entre tres siglos. Igual signo panorámico observamos en el trabajo de selección de Malavé y Nader, con un canon no muy distinto al que prevalece en los años finales del pasado siglo. La más ambiciosa de estas antologías es la que prepararon Miguel Gomes, Gina Saraceni y Antonio López Ortega, que se presenta bajo el sello de unas de las editoriales más prestigiosas del mundo hispánico, Pre-Texto, con mil doscientas páginas y 87 autores. En su presentación pública en el Instituto Cervantes, López Ortega (2019) explica las partes constitutivas de la antología:

> ... la primera tiene que ver con la cartografía de sujetos y cuerpos; la segunda, con los espacios y paisajes de la nación; la tercera, con la construcción de realidades alternas; y la cuarta, con los desplazamientos culturales. Fueron como líneas orientadoras para ordenar la vasta creación poética del siglo. En todo ejercicio antológico, es bueno recordarlo, siempre son menos los que entran y más los que quedan por fuera…

El trabajo de la "crítica oblicua" (Isava) que observamos en esta antología se asoma una reconfiguración del canon poético venezolano. El mismo presentador reconoce esa especie de cima, donde ya no están todos los poetas considerados por la anterior crítica como epigonales. "Ninguna antología se salva de omisiones, pero en la nuestra yo destacaría más bien los redescubrimientos y las revalorizaciones", destaca López. Habría que analizar cuáles son esas "revalorizaciones", y discutir bajo qué óptica poética se explican. Por lo pronto solo tenemos los nombres de esa nueva cumbre que propone la antología. Acudiendo a la metáfora del árbol y del bosque, dice López: "En el compendio, el lector podrá reconocer **a los grandes poetas del siglo**: R**amos Sucre, Gerbasi, Sánchez Peláez, Cadenas, Sucre, Montejo, Pantin, Barreto, que son los árboles altos del bosque**, pero yo diría que lo más importante es el bosque". (Subrayado nuestro). Tienen todo el derecho a pensar su canon los antólogos. La crítica y los propios poetas verán si lo aceptan o lo discuten.

Llama la atención cómo en el trabajo antologizador de la cuentística nacional, se ha venido perdiendo el sentido integrador. Valoro en las antologías de Padrón, Meneses, Uslar, Balza, Miranda, Álvarez, Jiménez Emán, y Barrera un afán por ofrecer una historia del cuento venezolano, escogiendo las obras por las singularidades que cada autor tiene en el espectro de nuestra literatura. Por ejemplo, se aprecia el que un cuento como "Marcucho, el modelo", de Leoncio Martínez, aparezca en esas antologías, porque, a pesar de que el autor no fue un escritor de cuentos, su texto es un aporte en la construcción del sistema cuentístico de nuestro país, por su manera de describir, por su uso de la ironía, que se entrevera con el cinismo. En la obra de los antólogos nombrados, todos podemos reconstruir la historia de nuestro cuento. No sabemos si conviene que esa perspectiva haya desaparecido. Pero no por eso desconocemos el trabajo analítico que los otros antólogos realizan a partir de corpus muy particulares. Por ejemplo, Milagros Mata Gil explora el espacio on line, y construye su selección de los cuentos que ha venido publicando el sitio web Ficción Breve Venezolana. Esta antología resulta interesante, pues nos ofrece un panorama más vívido de nuestros cuentistas contemporáneos. Las antologías de Rubi Guerra, Carlos Sandoval, y Antonio López Ortega apuntan al presentismo. Obvian los cuentistas que preceden a las generaciones tradicionales.

Los periódicos y las revistas

Los periódicos y las revistas venezolanas sirvieron de vehículo fundamental para que circulara la literatura en sus expresiones creativas e interpretativas. Se anota como hito relevante a El Mercurio, periódico de 1811. Como ya dijimos, en esta época lo común eran los polígrafos; la literatura en su sentido canónico era muy escasa. Uslar Pietri habla de una "literatura de defensa o de ataque de los intereses de la plaza pública. Es literatura que no se conforma con ser literatura, que quiere influir en lo político y obrar sobre lo social. Es literatura reformista" (citado por Miliani, 1971). Y lo será así durante buena parte del siglo XIX. "Así se funda nuestra literatura, sobre base endeble. La Independencia política era tarea mayor en urgencias; la emancipación literaria vendría después, con la República", señala Miliani. También es digno de anotar, el intento de Andrés Bello y Francisco Isnardi de fundar el periódico El Lucero, que se quedó en boceto- se imprimió solo el prospecto, sobre el cual Pedro Grases hace un interesante trabajo filológico. Podríamos señalar también las iniciativas de José Luis Ramos, con su revista La Oliva (1836).

La antología de Calcaño pudo publicarse gracias a una gran empresa cultural que sentó las primeras bases de la modernidad literaria venezolana. Nos referimos a la imprenta de Manuel María Echezuría, desde donde se editaría la revista El Cojo Ilustrado, dirigida por J.M. Herrera, la cual se constituyó en una verdadera vanguardia de la cultura venezolana, que logró, desde 1892 hasta 1915, sobreviviendo a cinco presidentes, ser el espacio de cultivo por excelencia de la emergente literatura nacional, que circuló acompañada de textos de autores muy conocidos en Europa y el resto de Latinoamérica. Esta revista propició concursos literarios, cuyos textos participantes constituyeron luego la segunda antología de la poesía venezolana, luego de

la de Calcaño. Allí también en los números 71, 72 y 73, de los años 1894 y 1895, se publicó el primer estudio de la poesía venezolana, escrito por Pedro Arismendi Brito, denominado "La poesía lírica en Venezuela", que hace énfasis en los poetas contemporáneos al autor. Aquí el tono sarcástico de Calcaño es cambiado hacia una actitud más bien celebrativa.

El Cojo Ilustrado fue la primera ventana de Venezuela hacia fuera, pues por su sistema de suscripciones logró ir más allá de nuestras fronteras. Pero también fue una ventana por la que entraron las corrientes literarias que imperaban en el exterior y que se recogieron aquí unas veces con entusiasmo, otras veces con mucha crítica, tales como el Modernismo o el Realismo. Se escenificaron enfrentamientos de escritores católicos con los partidarios del positivismo, que se había introducido bajo los auspicios de Antonio Guzmán Blanco, y por iniciativa de los profesores universitarios Rafael Villavicencio y Adolfo Ernst. El texto de Arismendi Brito formará parte del primer libro de crítica cultural en Venezuela, bajo el sello editorial de esta editorial. Nos referimos al *Primer libro venezolano de literatura, ciencias y bellas artes*, editado en 1895 (Reed. Caracas: Concejo Municipal del Distrito Federal, 1974). Dicho libro se alimenta de las páginas de El Cojo Ilustrado y sistematiza los primeros ensayos sobre el teatro, la narrativa y el ensayo en Venezuela, además de otros asuntos referidos a la sociología, la política y otros temas.

La existencia de El Cojo Ilustrado, que circuló en los siglos XIX y XX, contribuyó enormemente a la consolidación del trabajo sistematizador de la crítica literaria. El trabajo recopilatorio nombrado anteriormente, es un hito para ordenar el trabajo crítico del siglo XIX. En ese marco, Ángel Gustavo Infante (2002) apunta que

> El último cuarto del siglo XIX trae consigo la buena intención de sistematizar la literatura. Tras esta suerte de eufemismo técnico varios autores intentan aplacar el desorden de las letras nacionales, sin embargo la importante tarea repartida entre los hermanos Rojas y los Calcaño, Felipe Tejera, José Gil Fortoul las firmas que autorizan el *Primer libro venezolano de literatura, de ciencias y bellas artes*, deja un buen número de observaciones sobre las composiciones locales extraviadas en el océano hemerográfico (119).

Pero El Cojo Ilustrado continúa y fortalece sus aportes aún más en el siglo XX. Podemos detenernos en una iniciativa de esta revista sobre la que Gustavo Luis Carrera llama la atención, y que él califica "el primer aporte abarcante, de seria y responsable ambición caracterizadora y de sutil mirada conceptual" (1984:107) realizado a la literatura venezolana. Se trata de la respuesta que José Gil Fortoul dio a un conjunto de interrogantes hechas por un concurso literario convocado en el año 1903, donde El Cojo Ilustrado hacía a los escritores las siguientes preguntas, que fijan una orientadora agenda para la investigación de la literatura venezolana:

> 1°. ¿Cuáles escritores extranjeros han influido principalmente en el movimiento literario de Venezuela en la última década?; 2°. ¿Ha sido beneficiosa esa influencia? y en caso contrario, ¿qué movimiento habría sido más conveniente para las letras patrias?; 3°. ¿En qué concepto se tiene a la literatura venezolana respecto a la literatura de los países de hispanoamericana? ¿Y qué desenvolvimiento probable tendrá en los diez años venideros? (Citado por Carrera, 1984:108).

Tal vez más que seguir las respuestas de Gil Fourtoul, habría que interrogar a esas preguntas. Sus redactores parecen asomar un método y una agenda de asuntos que se asoman como caminos para fijar hitos que ayuden a preparar nuestro sistema literario. En resumen, se propone una "búsqueda definidora de la literatura venezolana".

Dicha agenda ha persistido y aún persiste en el programa hermenéutico que la crítica hace de nuestra literatura. Será adoptada tanto por la crítica realizada por iniciativas personales de los críticos como por las instituciones culturales, especialmente las universitarias.

Al mismo tiempo que se editaba El Cojo Ilustrado, de 1894 a 1895, los jóvenes escritores venezolanos que abrazaron al Modernismo, crearon la revista Cosmópolis. Sus doce números marcaron una senda novedosa en la crítica literaria nacional a finales del siglo XIX. En ella intervinieron Pedro César Dominici, Pedro Emilio Coll, Luis Urbaneja Achelpohl y Andrés Mata. Según Nelson Osorio (1985) "… fue claramente una revista programática y grupal. Su afiliación al modernismo fue abierta y explícita, y a través de sus páginas se registra una galería de autores (…) que son un recuento de las preferencias artísticas y literarias de los modernistas" (38). Esta revista es la primera revista especializada en literatura en Venezuela, la impulsa un grupo de jóvenes literatos que evidencia una amplia relación con las literaturas europeas y latinoamericanas. Domingo Miliani sostiene que con el Modernismo y la revista Cosmópolis, la literatura entra en un proceso de profesionalización, al "… hacer respetar el oficio intelectual (…) se procura ir al hallazgo de un lenguaje menos gastado en la requisitoria de la prensa política" (1971). Pero lamenta Miliani papel ideológico que esos grupos protagonizaron frente al régimen dictatorial gomecista. Al respecto, dice:

> Las generaciones positivista y modernista, maridadas en publicaciones como El Cojo Ilustrado, Comópolis, y en seguida, Cultura Venezolana, empiezan a mellarse en su prestigio cuando la dictadura de Juan Vicente Gómez las convierte en una promoción de funcionarios públicos, débil ante los atentados contra dignidad humana, cómplice y silenciosa o, al menos indiferente, respecto a

la inmolación de unas juventudes encrespadas (1971: 120).

Luego de desaparecer El Cojo Ilustrado, en 1918 se edita la revista Cultura Venezolana, dirigida inicialmente por José Antonio Tagliaferro y posteriormente, cuando este muere en 1932, la dirige J.M. Núñez Ponte hasta 1934, cuando desaparece. Nunca alcanzó la calidad ni textual ni gráfica de El Cojo Ilustrado, pero sí sirvió para que críticos como Jesús Semprum, Lisandro Alvarado y Leopoldo Landaeta continuaran su labor de críticos literarios, reseñando libros de autores venezolanos y extranjeros.

Entre 1948 y 1950 se edita la revista Contrapunto, otro hito de mucha relevancia en lo que hemos llamado la formación de la literatura venezolana. Sus fundadores fueron: Andrés Mariño Palacio, Héctor Mujica, Antonio Márquez Salas, Antonia Palacios, Luz Machado y Rafael Pineda. Históricamente se sitúa en un período muy conflictivo para la política venezolana. Se produce un golpe de estado contra el primer presidente electo por voto directo y universal, Rómulo Gallegos, y se perfila un régimen dictatorial, que agudizará su represión luego del magnicidio perpetrado contra Carlos Delgado Chalbaud. Raquel Rivas (2010) señala sobre Contrapunto:

> Si bien su actividad no dialoga de modo estricto con el período abiertamente dictatorial, su aparición en el campo cultural venezolano significó un punto de inflexión importante, por el cambio que sus integrantes proponen y la renovación que exigen para la institución literaria… (23).

Contrapunto dio cabida a una generación de escritores que luego destacaron en diversas áreas de la literatura y de la investigación social, tales como Ida Gramcko, Oscar Guaramato, Ramón Díaz Sánchez, José Luis Salcedo Bastardo, Miguel Acosta Saignes, Mariano Picón Salas, Juan Liscano, Gustavo Díaz Solís.

Las revistas literarias han sido muy importantes para el trabajo fundacional y consolidativo de la literatura venezolana. De allí que la crítica se haya dedicado a historiarla, para ubicarla en el marco histórico e ideológico de la cultura nacional.

La figura del editor es un capítulo clave para trazar esos hitos que han ido configurando la formación de nuestra literatura nacional. Sobre esa trayectoria de los editores, dice Domingo Miliani:

> Nunca ha faltado en Venezuela un editor capaz de poner freno a los sueños de los intelectuales para convertirlos en empresa durable, y canalizarlos en obra. En la independencia, Domingo Navas Spínola. En los tiempos modernistas, José María Herrera Irigoyen. En los años inmediatos al 28, Leopoldo Landaeta (que escribió con el seudónimo de Luis León y se identificó plenamente con los postulados de Válvula), quien emparejado al "viejo Tagliaferro", abrió a los vanguardistas la posibilidad de incorporarse a las páginas de Cultura Venezolana. En los años de la transición post-gomecista, sería Raúl Carrasquel y Valverde, alma de Elite. Las otras revistas serían El Ingenioso Hidalgo y La Gaceta de América (1971: 130)

Para reforzar esa tradición de los editores, en los años del postgomecismo los periódicos emergentes abren sus páginas para mostrar y arrojar luces sobre la literatura, en especial de la literatura venezolana. Destacan en los años de las décadas 40 y del 50 El Nacional, La República y El Universal.

El Nacional, lo fundaron los escritores Miguel Otero Silva y Antonio Arráiz, figuras emblemáticas de la Generación del 28. De inmediato se creó el Papel Literario y contó en sus inicios con una confluencia de escritores que expresaba a varias generaciones: Rómulo Gallegos, José Rafael Pocaterra, Pedro Emilio Coll, Andrés Eloy Blanco, Jacinto Fombona Pachano, Alejandro García Maldonado, Carlos Augusto León, Guillermo Meneses, Gustavo Díaz Solís, Otto de Sola, Alirio Ugarte Pelayo, Aquiles Nazoa, y otros más. Esa publicación se constituyó en un espacio para la crítica literaria. Por ella han circulado polémicas, entrevistas, reseñas que conforman un universo valioso para la articulación de la literatura contemporánea en Venezuela.

Luego de la caída la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, entre 1962 y 1964, el periódico La República, muy cercano al partido que gobernaba en ese momento (Acción Democrática), publica en sus páginas "Letras y artes", sección dirigida por Guillermo Sucre, Luis García Morales y Martín Cerda, con el propósito muy evidente de enfrentar la línea literaria que impulsaba El Nacional. El equipo se integró inicialmente con los escritores Elisa Lerner, Juan Sánchez Peláez (quienes escribían con frecuencia las reseñas literarias de los autores venezolanos), César Dávila Andrade, Manuel Quintana Castillo y Pierre de Place. Algunos escritores nacionales, como Antonio Arráiz y Enrique Arvelo Larriva, pero hubo valoraciones muy negativas contra autores que ocupaban ya lugares estelares en la literatura nacional, como Miguel Otero Silva, Uslar Pietri y Guillermo Meneses, en quienes deploraban su tendencia al realismo.

Guillermo Sucre luego de la desaparición de ese espacio, acompañaría a Juan Liscano en la revista Zona Franca, otra empresa literaria, que tenía también la intención de enfrentar a los escritores que se habían plegado a las luchas subversivas y a la

naciente Revolución Cubana.

Leyendo ambos papeles literarios y la referida revista, el estudioso de la literatura nacional puede avistar el panorama de la crítica literaria venezolana, incluso con sus aditamentos ideológicos. Desde El Nacional, se propugnaba una literatura con tendencia hacia lo nacional, con relaciones externas, pero cuidándose siempre de promover la literatura venezolana, en especial a la nueva literatura. La sección literaria del diario La República hizo suya el concepto textualista, más cercano a la literatura exterior. Eran partidarios de que la literatura nacional tenía demasiado trecho que recorrer y necesitaba el impulso de los escritores que hacían furor sobre en Europa (París, sobre todo).

Pero además de dejar constancia de ese papel de difusor de la literatura nacional de las revistas, la crítica literaria ha tenido que ocuparse de algunas de ellas cuya orientación es más ontólogica que difusora. Nos referimos a publicaciones que procuran fundar conceptos y programas literarios, sobre todo al amparo de las llamadas vanguardias literarias. Tales son los casos de las revistas Cosmóplis (1894), La Alborada (1909), Cultura Venezolana (1918-1932), válvula (1928), Viernes (1936), Contrapunto (1946), Cantaclaro (1950), Sardio (1958), El Techo de la Ballena, Trópico Uno (1964). Por estas publicaciones no solo circularon los textos literarios de las generaciones literarias de esas épocas. En ellas se hicieron patentes diversos ideolectos estéticos, explicitados en los manifiestos que cada una de esas revistas publicó. La crítica ha dejado un importante balance que recoge esos pasajes de nuestra literatura. Y podemos destacar el trabajo de Juan Carlos Santaella, *Manifiestos literarios venezolanos* (1992), que historiza y describe las singularidades de los grupos de escritores que fundaron esas revistas y de Ernesto Pineda Díaz se publicó en el 2014 *Grupos literarios venezolanos del siglo XX (Ensayo de reconocimiento)*.

Junto a la investigación de Santaella, encontramos trabajos monográficos dedicados a algunos de esos grupos y revistas, como la *Bibliografía de Cultura Venezolana* (1977), de Carlos Miguel Lollet, la edición facsimilar, en 2011, de la revista válvula, acompañada de un estudio de Roger Vilain y Diego Ajmad, con el apoyo de la Universidad de los Andes; o *Significación de la revista Contrapunto (1948-1950)*, de Luis Bruzual, editada por la casa Bello, en 1988. Es muy valiosa la *Antología de El Techo de la Ballena*, preparada y presentada por Ángel Rama, que editara la editorial Fundarte en 1987. Anotamos también aquí el artículo "Cosmópolis (1894-1895): notas para un estudio de la narrativa modernista en Venezuela", de Paulette Silva Beauregard, publicado en la revista Argos, de la Universidad Simón Bolívar (1988) el de Lyll Barcelon, y *Índice de la revista "La Alborada"* editado por la Universidad Católica Andrés Bello. (1975), Y más recientemente las compilaciones que preparan dos actores de ese grupo, como lo fueron Juan Calzadilla (*El Techo de la Ballena. 1961-1969* (2008) y Edmundo Aray (*Nueva Antología de El Techo de la Ballena* (2014), donde resulta el ensayo de Héctor Brioso que arroja interesantes luces sobre la compleja relación de la política, la estética y la literatura en ese destacado grupo literario venezolano. Sumamos también el libro *Sardio en la memoria* (2015), coordinado por Edmundo Aray y bajo la responsabilidad editorial de Gonzalo Fragui.

También tuvo relevancia la revista *Crítica contemporánea* (1960-1965). Un actor de esa empresa intelectual, Gustavo Luis Carrera, llama la atención sobre el silencio de la crítica literaria respecto a esa publicación y de su grupo. En este sentido, expresa:

> Para algunos de quienes participamos en aquella empresa de juventud, aún nos resultan incomprensibles tanto los odios entonces generados como el posterior silencio que han caído sobre esta Revista. Silencio que aún continúa, hasta el punto de que en la actualidad hay quienes editan listas, antologías, referencias de revistas venezolanas de aquellos años y siempre, sistemáticamente, omiten a Crítica Contemporánea. Como si no hubiera existido. "No puede ser, sería demasiado hermoso, que todavía siga inspirando tanta aversión». Las palabras de Nuño no requieren comentarios. (2019: 15)

La historiografía de la literatura venezolana

El sumario del primer libro historiográfico de la literatura venezolana, como lo es *La literatura venezolana en el siglo XIX* (1906), del también autor literario Gonzalo Picón Febres, se alimenta de la citada agenda propuesta por El Cojo Ilustrado en el año 1903 para organizar la literatura de nuestro siglo XIX.

Picón Febres no esconde la impronta del positivismo en su mirada de la literatura venezolana. Por ello su principal método es la historia "con rigurosa actitud". Las obras literarias son datos que procuran evidenciar cómo ellas encarnan en ideario nacional. Por ello sus primeros capítulos indagan sobre el trabajo de los polígrafos venezolanos, de los que toma su componente ideológico para luego adentrarse a la especificidad de los textos ubicados en el universo de los géneros clásicos (novelas, cuentos, poemas). El segundo capítulo es una metacrítica, que replica el trabajo interpretativo de algunos críticos que le preceden, por ejemplo José María Rojas, Felipe Tejera o Julio Calcaño. Lo hace sobre todo cuando quiere defender el trabajo de algunos escritores que parecen ser muy queridos para él, tales como Cecilio Acosta o Jacinto Gutiérrez Coll. De igual modo, se destaca el papel positivo o negativo de los autores pioneros, tantos nacionales como internacionales. Por ejemplo, deplora la impronta que Zorrilla tuvo en los poetas Abigail Lozano y José Antonio Maitín, quienes "sacrificaron estérilmente sus dotes en aras de un excesivo culto al primer poeta lírico de España en el siglo actual" (1972: 62).

Picón Febres se preocupa por sentar las bases de lo que podría fundar nuestra literatura. Para ese propósito se pasea por los tiempos de la colonia y por la independencia, hace un recorrido por las ideas que fueron poblando su mundo intelectual. Y ubica las principales estéticas occidentales que incidieron en el hacer literario venezolano. No esconde tampoco admiraciones hacia la figura de Antonio Guzmán Blanco, a quien le dedica el capítulo quinto.

Continuando la tradición iniciada por Calcaño, Picón Febres recurre también a juicios construidos con adjetivos mordaces que más que criticar a las obras, denigran de ellas.

Se echa en falta en esta obra un capítulo sintetizador, que intentase responder a la pregunta que se planteara en el 1903 El Cojo Ilustrado: "¿En qué concepto se tiene a la literatura venezolana respecto a la literatura de los países de hispanoamericana?" Tal vez así se hubiera podido "coser" un tejido que algunas veces luce fragmentado y autárquico.

El libro de Picón Febres es un hito que inaugura la tradición de la historiografía de la literatura venezolana. Y en ese sentido, podríamos señalar tres seguidores: el primero fue Mariano Picón Salas, con *su Formación y proceso de la literatura venezolana* (1940), donde nuestra literatura se somete a la auscultación de una crítica más técnica y su escritura asume el tono del ensayo. Continúa la tradición de nuestra historia literaria con *Panorama de la literatura venezolana actua*l (1973), de Juan Liscano y *Noventa años de literatura venezolana* (1900-1990), de José Ramón Medina. Habría que destacar que todos los historiadores de nuestra literatura son escritores literarios. Podríamos también citar un libro de Arturo Uslar Pietri, que aunque no trabaja en una sistemática historia de nuestra literatura, sí fija y conceptúa importantes hitos constitutivos de la literatura venezolana. Nos referimos a *Letras y Hombres de Venezuela* (1948). También de Uslar es *Breve historia de la novela hispanoamericana* (1955), en la que ubica a nuestros novelistas en un subsistema mayor que el nacional.

Fernando Paz Castillo, poeta de la generación de 1918, publicó tres volúmenes de su *Reflexiones de atardecer* (1964) y su libro *De la época modernista,* 1892-1910 (1968). Fue generoso fue con los poetas de su país, algunos de ellos contemporáneos de él. Una generosidad no exenta del rigor. Podríamos llamar la atención sobre cómo la mayoría de los llamados escritores pioneros asumieron regularmente posiciones de solidaridad y estímulo a otros escritores, no solo con su amistad, sino también con su trabajo crítico. Fue el caso de Otto D'Sola, Vicente Gerbasi y Pascual Venegas Filardo, en el grupo Viernes. Gerbasi siempre estuvo pendiente de los jóvenes poetas y es abundante los trabajos críticos que sobre ellos escribió. En el ámbito de los narradores, hay que destacar a Orlando Araujo, quien quiso manifestar sus afectos a los libros que leyó de sus contemporáneos y escribe su ensayo *Narrativa venezolana contemporánea (1988*). Araujo escribe desde una posición de un crítico-escritor, que conoce ese oficio que Meneses conceptuó como una "comprensión del mundo". Y confiesa que su texto es un ensayo. "… no es un ensayo lineal. Pero tampoco es un trabajo improvisado: hay muchos años de paciente lectura y de meditación que arriesgo en este libro (1972: 7).

Los críticos pioneros

Pero también podemos referirnos a críticos pioneros en la literatura venezolana. Luis Barrera (2007) nos propone una vía que parece expedita para historiar a nuestros críticos. Habla de una generación fundadora, que estaría integrada por Julio Calcaño, Gonzalo Picón Febres, Jesús Semprum y Julio Planchart. Ese grupo hizo las primeras antologías, las primeras historias y le hizo un espacio a la literatura venezolana en el marco hispanoamericano y universal. En el caso de Semprum, conviene señalar la opinión de José Balza, para quien su "… pensamiento crítico fluye desde la literatura hacia el país, y viceversa, arrojando una escritura de apasionada y radiante serenidad" (2007: XXIV). Diríamos que la crítica ya es una institución que estudia nuestra literatura con sólidos basamentos que se producen en la relación concreta con las obras literarias. Aquí podemos apuntar una apreciación de Domingo Miliani, para quien el trabajo de ese grupo "comienza a diferenciarse claramente de la historia y del pensamiento político" (1971:). Barrera coloca a Mariano Picón Salas como pivote de lo que sería la transición hacia una crítica más sistemática. Y a eso contribuye mucho la creación de la Facultad de Humanidades de la Universidad Central de Venezuela (1946), cuya Escuela de Letras sirvió de vehículo motor, junto con la creación del Instituto Pedagógico Nacional, de lo que pudiera llamarse una cientificidad de los estudios de la literatura. Este acontecimiento posibilitó la presencia en Venezuela de tres figuras de la crítica moderna: Ángel Rosenblat (1902-1984), Ulrich Leo (1890-1964) y Eduardo Crema (1897-1974), que crearon un "discipulado" (Barrera) , entre los que sobresalen Domingo Miliani, Orlando Araujo, Pedro Pablo Barnola, Mario Torrealba Lossi, Oscar Zambrano Urdaneta, Pedro Díaz Seijas, Alexis Márquez Rodríguez, Manuel Bermúdez y Argenis Pérez Huggins. En ese discipulado no figura un importante crítico y escritor: Gustavo Luis Carrera, quien hizo su carrera literaria en México y Paris. Integró las primeras promociones del doctorado en letras de la UCV. Y suplió en la cátedra de Literatura Venezolana a Mariano Picón Salas, cuando este se jubiló.

La crítica literaria venezolana y las políticas culturales estatales

Ya hemos mencionado el intento de Guzmán Blanco de patrimonializar la literatura para convertirla en ideología estatista. Modernamente el principal hito de una política literaria de estado fue la fundación en 1938 de la Revista Nacional de Cultura, a cargo de un importante crítico de la literatura venezolana, como fue Mariano Picón Salas, quien protagonizó momentos de gran liderazgo en nuestra cultura: fundó la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela, donde se creara la primera Escuela de Letras del país y fue su primer decano. Ejerció como Director de Cultura y Bellas Artes del Ministerio de Educación (1938-1940) y fue embajador de Venezuela en la UNESCO (1959-1963). Ocupó la Secretaría de la Presidencia durante el último año del periodo constitucional de Rómulo Betancourt (1963-1964). Pudiéramos decir, que Picón Salas motorizó la ideología socialdemócrata de la cultura. Aunque cuando dirige la RNC es un funcionario del gobierno de Eleazar López Contreras, las ideas que se vierten en los documentos fundacionales de la referida revista evidencian rupturas con los restos del gomecismo, que aún constelaban en el ambiente cultural venezolano. Quiso esta revista recoger el legado de la rica y compleja cultura nacional, sin excluirla de los impulsos del exterior. Francois Delprat (1990) valora el equilibrio que Picón Salas intentó impulsar con la referida revista:

> No obstante la complejidad de los campos abarcados por la revista, dentro de la nueva libertad de expresión instaurada en 1936, el sentido de lo nacional domina la selección de textos e ilustraciones y tiende a desempeñar un papel de difusión orientado hacia el conocimiento de la realidad venezolana, y sobre todo a la conciencia de unidad social de la nación. Bien se puede decir que el poder tiene sumo interés en fomentar la cohesión nacional y que la atención prestada a las grandes diferencias regionales y las grandes desigualdades entre los diferentes estratos prepara un esfuerzo para atenuar tamaños desajustes.

Es evidente el camino que abre esta revista. El editorial del número 6 enfatiza la

> (...) la misión de elevar a la claridad del espíritu lo que es en la masa inquietud del instinto, de orientar superiormente la energía que se agita, cargada de destino y de porvenir, en el inconsciente colectivo, de dar sentido y utilización, mediante atinadas directivas, al anhelo casi siempre informe que emana de la entraña del pueblo. (Citado por Delprat, 1990)

Es obvio que la literatura, como elemento clave de la cultura nacional, se propone como el factor que va a coadyuvar a masificar los valores que transitan por la creación artística. Y no es gratuita la presencia del novelista y ensayista Ramón Díaz Sánchez, quien aboga por "la responsabilidad de los intelectuales en el momento venezolano", y sostiene que "(...) solo una intensa y profunda labor de cultura (de difusión y de didascalia) puede crear una conciencia que sirva de base a una futura política, sólida y honesta. (...)". (Citado por Delprat, 1990: 240).

A partir de 1965 el estado decide modernizar su política cultural y crea el Instituto Nacional de las Bellas Artes (INCIBA), organiza el Premio internacional de Novela Rómulo Gallegos (1967), crea la revista Imagen (1967), cuyo primer director fue Guillermo Sucre, la editorial Monte Ávila (1968), y en 1974 funda el Centro de Estudios Literarios Latinoamericanos "Rómulo Gallegos".

Las polémicas de la crítica literaria venezolana

Aquí queremos describir un capítulo muy importante de la crítica literaria en Venezuela, que creemos se inicia con la publicación de la revista Imagen, cuya orientación intelectual, impresa por su director fundador, Guillermo Sucre, inaugura una perspectiva crítica y estética distinta a la que impulsara en la Revista Nacional de Cultura Mariano Picón Salas. Sucre retoma los criterios que había puesto en práctica en su .experiencia con "Letras y artes", suplemento literario que dirigió en el Diario La República, de 1962 a 1964, y que hacía de contraparte al Suplemento Literario de El Nacional.

Ioannis Antzus Ramos (2017) relata algunos pormenores que en esa época rodearon al director fundador de Imagen:

> La estancia de Sucre en París durante los tres años anteriores, además de permitirle estrechar o establecer lazos con intelectuales como Picón Salas, Octavio Paz o Alejandro Rossi, le valió para entrar en contacto con la teoría literaria francesa más actual (el estructuralismo y la nueva crítica) y con revistas de corte liberal como Les Lettres Nouvelles, France-Observateur o L`Express, que en los años por venir serán para él una referencia y una fuente de material (2017:122).

Guillermo Sucre reivindicaba una crítica libre de cualquier ideologismo o chovinismo y sobre todo tenía la convicción de que la literatura es un hecho esencialmente de lenguaje, sosteniendo que

> … el hecho concreto y significativo es que lo mejor de la literatura latinoamericana ha dado el salto: ni realismo superficial, ni modelos o cánones del pasado, ni mala conciencia de preocupación social. No por azar la obra de Jorge Luis Borges […] (citado por Ramos, 2017:133).

El crítico y poeta tenía nexos muy directos con el también crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal, quien dirigía en París la revista Mundo Nuevo. Esa revista tenía una visión muy polarizada sobre los escritores y la literatura de Latinoamérica. María Eugenia Mudrovcic señala que la revista de Rodríguez Monegal logró "proyectar cierta organicidad a su programa editorial: la imagen espectacular de escritor latinoamericano, la independencia ideológica del discurso literario y la fe en el lenguaje como estructura universal de sentido" (Citado por Ramos, 2017: 134).

La Imagen que dirigió Sucre fue caja de resonancia de la perspectiva literaria de Mundo Nuevo, y sirvió de altavoz de un grupo de escritores al que pretendió erigir en canon literario de Latinoamérica, entre los cuales destacaban Severo Sarduy, Gustavo Sáinz, Manuel Puig y Néstor Sánchez. Destaca Ramos que los únicos autores cubanos que tuvieron repercusión en la revista caraqueña fueron Lezama Lima, Cabrera infante y Severo Sarduy, precisamente los mismos que estaban siendo promocionados por Rodríguez Monegal. Por ejemplo, de la literatura brasileña, solo se tomó en cuenta a Guimarães Rosa. Los críticos favoritos fueron Julio Ortega, Saúl Yurkievich, César Fernández Moreno y José Miguel Oviedo, los mismos que prevalecieron en la revista que dirigió el crítico uruguayo en París.

Julio Miranda, irónicamente, destaca los "descuidos" de Imagen al ignorar a Arreola, Bioy Casares, Monterroso, la literatura del Brasil, la del Caribe anglo o francoparlante"— y también "omisiones", como Adoum, Antonio Cisneros, Roque Dalton, Juan Gelman, Enrique Lihn, Ángel rama —que coinciden con la de casi todos los escritores cubanos aún por entonces en la isla, de Desnoes a Vitier, de Guillén a Retamar, de Barnet a Padilla, de Jesús Díaz a Virgilio Piñera (Cfr. Ramos, 2017).

Luego del número 29, en julio 1968, Sucre deja la dirección de Imagen y este es el balance que hace:

> … en cierto modo, Imagen es la revista no tanto de una nueva generación como de una nueva actitud venezolana, y me atrevería a decir latinoamericana, frente a la cultura y a la responsabilidad de la inteligencia. […]. Pero, además, a este espíritu crítico va asociada una voluntad solidaria, por encima de mezquindades regionalistas, con todo lo que en nuestro país y fuera de él constituye un riesgo creador y una nueva formulación de la cultura. […] creo que ésta ha sido la mejor línea de Imagen, lo que ha hecho de ella una revista en ruptura con la idolatría vernácula y con la pereza mental tan extendida entre nosotros. (Citado por Ramos, 2017: 139).

Esa perspectiva de la poesía se hará presente en dos obras que constituyen piezas fundamentales en la historiografía de la literatura latinoamericana. Me refiero a su libro de ensayos *La máscara, la transparencia. Ensayos sobre Poesía Hispanoamericana,* publicado en 1975. La otra: *Antología de la poesía Hispanoamericana Moderna*, de 1993. Ambos libros fueron editados originalmente por Monte Ávila Editores.

En su libro de ensayo, Sucre impugna el concepto de representatividad que la crítica latinoamericana mayoritariamente había venido sosteniendo, en su afán por definir los rasgos fundamentales de la literatura de esta región. Diríamos que esa apuesta se inclina por el concepto derridiano, al renunciar a todo esencialismo. Los poetas venezolanos analizados aquí son José Antonio Ramos Sucre, Rafael Cadenas, Luis García Morales, Juan Liscano, Rafael José Muñoz, Reinaldo Pérez Só y Juan Sánchez Peláez. En el primer capítulo de este libro se fija claramente cuál es su ruta:

> Parece que de una manera u otra todos tenemos especial inclinación por las *obras representativas*. Es decir, obras que de un modo ejemplar expresan una sociedad, una época, un país, una cultura. ¿No hay algo supersticioso en todo ello? (1975:19).

El epígrafe del capítulo de donde se extrajo la anterior cita, son dos versos de José Martí que dicen: "¿Quién no sabe que la lengua es jinete/del pensamiento y no su caballo?", lo que parece resumir su programa crítico.

Para Sucre en la crítica literaria "la aventura de lo latinoamericano se fue convirtiendo en una imagen un tanto clisé, al gusto del exotismo que despertábamos en los otros" (1975:17). Como jinete que ordena y manda en el cabalgar del poema, el lenguaje se convierte en el protagonista de los textos, por ello dirá: "Hablar de un poema supone, primero, hacer visible su texto, su trama". Esa dedicación al lenguaje no es la misma de los estructuralistas, más bien apunta a Heidegger, para quien el lenguaje es la casa del ser.

Después de su exitoso libro de ensayos, Guillermo Sucre publica, en 1993 su *Antología de la literatura hispanoamericana* moderna, en la que incluye a los poetas venezolanos José Antonio Ramos Sucre, Jacinto Fombona Pachano, Enriqueta Arvelo Larriva, Vicente Gerbasi, Rafael Cadenas, Ramón Palomares, Eugenio Montejo y Alejandro Oliveros. Se realizó en colaboración con Ana María del Re, Sonia García, Alba Rosa Hernández Bosio, Gonzalo Rojas y Violeta Urbina, todos miembros del equipo docente de la Universidad Simón Bolívar, bajo cuyo patrocinio estuvo el trabajo antológico. A excepción de Ramos Sucre y de Rafael Cadenas, ninguno de esos poetas que fueron analizados en el libro de ensayo aparece en esta antología. El criterio fue reunir una poesía que se inicia hacia los años 1880, cuando se produjo la irrupción del modernismo, hasta las últimas décadas que estaba viviendo el antólogo.

Esa visión de Sucre fue objeto de críticas. Y fue desde Tabla Redonda, la revista nacida de la escisión del grupo Sardio, desde donde vinieron las principales objeciones. Uno de sus integrantes, Jesús Sanoja Hernández, publicó el texto denominado "Guillermo Sucre: la poesía como diálogo", que luego se integró al libro póstumo *El día y la huella* (2009).

No sin ironía, Sanoja califica el trabajo crítico de Sucre como "una pasión hasta el punto de limitar ya con el silencio" y "un monumento a la literatura como realidad imaginaria". Ve en este crítico a un "lúcido buceador del Logos" (2009:174). Reconoce el alto nivel de este libro, y lo encomia de tal manera que llega a decir que es "el único intento global que haya hecho un venezolano para reconstruir la estructura y función de la poesía" (174). El crítico de Tabla Redonda identifica en Sucre una tendencia en la literatura venezolana, con un modo crítico propio, por ello no le extrañan las ideas que pueblan su libro de ensayos, y en ese sentido dice: "Sucre no ha sorprendido, ha cumplido. Junto a él, como parte de un universo en expansión, están otros planetas: el incandescente Ludovico Silva, el fríamente sólido José Balza, el albeante Eugenio Montejo." (Idem)

Sanoja recela de una crítica textualista, la mira así:

> …. en primer lugar es texto, «trama verbal, aventura del lenguaje» y, por tanto, universo de palabras, realidad en permanente creación; en segundo lugar, si el centro es el objeto verbal, deja de serlo el yo: se descentra, pues, el yo, y va directo a la impersonalización (Sanoja, 2009:177).

No cree Sanoja que esa visión pueda ser una ontología de la literatura; sino más bien un gusto del crítico, que excluye aquellos textos literarios que no se comportan como lo espera el presupuesto de esa perspectiva y habla de un "esperanto poético" en Sucre.

Desde Tabla Redonda, Jesús Sanoja Hernández, no solo polemizaba con libros como los de Guillemo Sucre. También llamaba la atención contra el tremendismo de los escritores que en ese momento despuntaban por ocupar el espacio de los escritores tradicionales que habían conformado el canon literario venezolano. Deploraba Sanoja la "Falta individualizadora de Semprum y Planchart" (2009:15). Y destacaba en la crítica literaria nacional "… una funesta derivación a la compilación antológica y a la loa periodística, ocasional, o regulizadora según priven los intereses de amistad o los apremios de la subsistencia" (2009:15).

Y como esa crítica venía de los propios escritores que emergían en la época, Sanoja llamaba la atención sobre lo que consideraba ligerezas de quienes actuando como parricidas, se inclinaban al influjo de la abundante literatura extranjera contemporánea que hacía furor en las nuevas generaciones. Respondiendo a uno de esos artículos "parricidas", escrito por Adriano González León, en el Suplemento Literario de El Nacional, admitía "verdades evidentes, como el estancamiento más o menos general a partir de Gallegos y la falta de un enfoque creador diferente" que el entonces joven escritor exponía. Pero llamaba a la prudencia, "La cultura y la realidad artística no son entidades cerradas ni la novela un ciclo fatal que para dar nacimiento a otra requiera de la muerte previa del anterior" (2009: 27). Para resguardarse de la "sombra que opaca, Gallegos", Sanoja era partidario de buscar nuevas formas no en el simple mimetismo. Por ello decía:

> Si actualmente en Venezuela se intenta introducir "otra forma de narrar", tendríamos primero que ponernos de acuerdo de dónde la vamos a sacar, si de una contemporaneidad entendida al modo de Kafka y Joyce, como presumo es el deseo de muchos compañeros de "Sardio", si de un acomodamiento externo a la realidad geográfica y social (por ejemplo, Padrón, Arturo Briceño, parte de García Maldonado y Díaz Sánchez) o si de una ansiosa exploración de la existencia tanto íntima como externa, que vivimos, que nos rodea y nos llena (2009:27).

El planteamiento sobre la poesía de Sucre y el de la narrativa que los escritores de los 60 pusieron en la escena de las polémicas, evidenciaba un proceso muy complejo presente tanto en la crítica como en todo el ámbito de los creadores de la literatura en Venezuela. El cúmulo de obras que ya tenía el país constituía un rico venero que la crítica literaria aprovecharía para hacerse su lugar en la cultura venezolana, desde diversos espacios.

Los críticos escritores

Algunos poetas y narradores contemporáneos, sin perder sus afectos por los autores de fuera, han dedicado mucha de su escritura a comprender la literatura donde habitan. A José Balza, por ejemplo, le debemos una imagen del Fray Juan Antonio Navarrete. Su lectura de *Arca de letras y teatro universal* ofrece una luz que ayuda a entender la caja negra que fue nuestra colonia. Sus textos sobre Guillermo Meneses y Ramos Sucre, el estudio de la literatura en el marco de la convulsa década

de los 60 revelan a un escritor con gran conciencia de su papel intelectual en la comprensión de su país. Igual generosidad para comprender la literatura y a los escritores contemporáneos y no contemporáneos puede observarse en el poeta Luis Alberto Crespo, quien desde su ejercicio del periodismo ha podido hacer más visible el trabajo de nuestros escritores, sobre todo el de aquellos que han protagonizado la intrahistoria de nuestra literatura. Eso se manifiesta por ejemplo en un libro como *El país ausente* (2004). Y hablando de la intrahistoria, es válido anotar el aporte del poeta Antonio Trujillo, con su libro *Regiones verbales: los poemas cuentan su vida*, que ensaya una crítica vinculada a la genética. De igual manera cabe destacar un libro de Ana Teresa Torres, *A beneficio de inventario* (2000), estructurado en cinco capítulos: I. De un cierto malestar en la literatura venezolana, II Escribir en el futuro, III. Por los caminos de la novela, IV Tiempos de lecturas. Y V. Otros espacios. Se nota el tesón de Torres por enfocar su interés en la literatura nacional como hecho singular y con problemáticas muy concretas. El cuarto capítulo se adentra en el análisis de obras de autores venezolanos para ese momento poco conocidos y estudiados. Registramos de igual manera el libro del poeta José Barroeta, *Lector de travesías*, contentivo de tres estudios sobre la poesía de Luis Camilo Guevara, Rafael Cadenas y Víctor Valera Mora. También es un escritor (novelista) el autor de *Para fijar un rostro* (1984). Profesor de la Universidad de Carabobo, José Napoleón Oropeza estudia la novela venezolana, iniciándose con Teresa de la Parra y concluyendo con José Balza, pasando por Gallegos, Enrique Bernardo Núñez, Uslar Pietri, Miguel Otero Silva, Ramón Díaz Sánchez, Oswaldo Trejo, Jorge Nunes, Carlos Noguera, Luis Britto García, Gustavo Luis Carrera y Guillermo Meneses. Para una visión actualizada del país, Oropeza hunde sus análisis en el rico universo simbólico que presentan estas obras, que usan la realidad como espacios mediadores de una visión profunda sobre la nación que llamamos Venezuela. Lubio Cardozo, quien combina sin mucho problema su oficio de poeta con la de crítico e investigador de la literatura, no discrimina en su valoración a los escritores antiguos de los nuevos. Pone el mismo esmero para analizar a los escritores del siglo XIX (los ubica en sus contextos, intenta ordenarlos por generación e influencia) que a los creadores contemporáneos. Y se muestra generoso para abordar a los poetas más contemporáneos. Libros como *Philobiblion* (1976) revela ese afán. Pero el más generoso (no nos referimos al cultivo del panegírico, sino al rigor con que aborda el estudio de poetas absolutamente desconocidos por la crítica) es su libro *Paseo por el bosque encantado (Ensayos sobre poetas venezolanos contemporáneos: 1940-1980),* editado en 1997. Otros tres libros de tres poetas merecen aquí mención. Me refiero al de Elena Vera, fallecida en 1997, *Flor y canto. 25 años de poesía venezolana (1958-1983)*, *Viaje por la poesía venezolana y el orbitar universal,* de Antonio Pérez Carmona, publicado en el 2004 y *El coro de las voces solitarias. Una historia de la poesía venezolana,* de Rafael Arráiz Lucca, editado en 2002. Son estos textos un importante testimonio crítico de nuestra poesía.

Literatura y postliteratura

Pero no podemos escapar al presente que vive la crítica literaria venezolana, con una acelerada conversión de los espacios de discusión existentes en tribuna del mundo político polarizado.

En un marco signado por la postmodernidad, hay estudiosos que señalan que la crítica y la literatura venezolana está viviendo la postliteratura. Es decir, la literatura se convierte en elemento secundario tanto para la creación literaria como para la crítica.

Ana Teresa Torres habla de "un mapa insólito" de nuestra literatura. ¿En qué consiste ese mapa? Primero, en la existencia de dos espacios, declaradamente en conflicto, pues imaginan al país desde ópticas contrapuestas. Segundo, la crítica de ese mapa es descaradamente ideológica. Uno de esos espacios, el que enfrenta a los partidarios del proceso ideológico que hoy detenta el poder político en el país, ya no sostiene la idea del gran líder literario de los 70, Guillermo Sucre: que la literatura es esencialmente lenguaje. De modo que se abandona el "esperanto poético" y se apuesta por un retorno a la memoria y al rescate de identidades perdidas, porque se piensa que el actual proceso político dinamitó la tradición histórica, redibujándola a imagen y semejanza de un nuevo imaginario político.

La novelista venezolana Ana Teresa Torres habla de un despertar de unos literatos cuya preocupación esencial es ideológica. Decía esto en víspera del año 2000:

> Somos nosotros los escritores venezolanos a quienes correspondió ser protagonistas y testigos de una vuelta de siglo que fue mucho más que una efeméride. Se vio signada por la espera de un nuevo milenio que nos recibía con la devastación ocasionada por las inundaciones del 15 de diciembre de 1999, y el advenimiento de un proyecto político autodenominado Revolución bolivariana […] que trajo consigo el enfrentamiento encarnizado de las opiniones, las acciones y, sin duda, los sentimientos (Citado por Vargas Álvarez, 2013: 37).

Los escritores que impugnan el proceso político dominante hoy en Venezuela deciden borrar las fronteras con la sociedad, y apuestan por la militancia. Sus personajes y las tramas de sus relatos, de sus poemas, de sus dramas y de sus guiones serán inoculados con la ideología que se ha fraguado en la lucha política. Ana Teresa Torres lo afirma sin ningún rubor:

> A la vez que las fronteras entre los escritores y la sociedad tienden a borrarse tenuemente, una invisible línea señala los territorios de un mapa insólito en la literatura venezolana: escritores "de oposición" y escritores "del oficialismo" (citado por Vargas Álvarez, Ídem.).

Si la poesía y los manifiestos marcaron los programas estéticos de los 60, ahora son las novelas y los ensayos históricos los que marcan la pauta, por donde desfilará una galería de personajes convertidos en marionetas ideológicas del programa político que se defiende. Por supuesto, los polos de ese "mapa insólito" no se diferencian mucho. Ambos se alimentan de ideologismos.

La literatura no trabaja directamente con la realidad; se sostiene en ella no para reproducirla, sino para armar verdades que constituyen un ámbito propio de su textualidad. Ni siquiera el más descarado realista apunta a lo real. Si no el terreno de la creación literaria sufriría del mal de los ideologismos. ¿Quiere esto decir que la literatura debe enmudecer ante la realidad? Diría que no; más bien lo que debe hacer es perfeccionar su fábrica de verosimilitudes para que las verdades circulen con la eficacia de lo estético. Si un escritor renuncia a su oficio de imaginar sus verdades, podría convertir su palabra en consigna partidaria y su lector más que dialogar con su texto, sería un simple consumidor de ideologías. Luis Barrera Linares (2006), a propósito de ese tema sostiene que

> … el autor literario individual se ha desempeñado como un vocero, social y culturalmente autorizado para actuar como (re) productor de imaginarios colectivos. Esos imaginarios se materializan en los textos literarios que pone a disposición de los lectores. De esa manera, sin que sea intencionalmente su propósito, por la vía de la ficción ofrece también modos de organizar por ejemplo la realidad histórica. Y también sin haberlo buscado explícitamente, puede contribuir con la re-construcción de hechos no registrados por lo que se conoce como la historia oficial (151).

No es el caso de algunas novelas, cuentos o poemas o ensayos que leemos en estos días en Venezuela, donde la literatura ha abierto paso a la postliteratura. Los escritores de ambos polos reorientan sus idiolectos estéticos. Algunos pasan del ámbito intimista a la exterioridad, su mirada se dirige a apuntar los contextos sociopolíticos contemporáneos. Un ejemplo comparativista, podría ser Alberto Barrera Tyzca. De él conocíamos sus novelas marcadas por el solipsismo de sus personajes, inmersos en clima de lo policial y de lo kisch. Su novela *La enfermedad*, ganadora del premio Anagrama, en 2006, una elegía narrativa al padre, se diferencia mucho de *Patria o muerte*, ganadora del premio Tusquets del año 2015. En esta última novela Barrera recurre a la historia y la entrevera con parodias, evidenciando con mucha claridad su utilidad ideológica. El otro novelista al que podemos aludir, ya ubicado en lo que Torres llama el sector "oficialista", es Carlos Noguera. Un simple cotejo entre su novela *Historia de la calle Lincolm* (1971) con su última novela (este escritor murió el año 2012) *Crónica de los fuegos celestes*, (2010) revela también el viraje estético de su novelística. En la primera, los juegos textualistas y los monólogos interiores, difieren de los recursos de la otra que alude directamente a las llamadas guarimbas, el método político más usado en la primera década de este siglo para enfrentar al gobierno que rige hoy en Venezuela.

Entonces, podemos decir que estos escritores no están promovidos por la tradicional institución literaria, sino por un poder ideologizante que exige un uso político de la literatura. Pedro Luis Vargas Álvarez (2013) ve este fenómeno en clave postpolítica. Afirma que

> De distintas maneras, la política, la polarización política —para ser más justos—, había logrado ocupar la escena cultural venezolana y el campo específico de la creación intelectual y literaria. Quiero sostener que es precisamente esta polarización política la que empuja a buena parte de los agentes del campo a configurar en el mercado un proyecto creador que se puede leer en clave postpolítica y postautónoma (38).

Esa polarización se acopla a un sistema crítico, cuya exégesis se carga de métodos y criterios sesgados ideológicamente. Los suplementos literarios que aún existen, frecuentemente, se dejan penetrar por elementos extraliterarios, de clara intención partidista. Son ejemplo de ello dos publicaciones: El Papel Literario de El Nacional, donde prácticamente la literatura es desplazada por ensayos políticos, históricos y sociales, enmarcados en una especie de internacional del liberalismo. Letras, el suplemento del periódico Ciudad Caracas, evidencia con claridad una estética inclinada hacia la ideología contraria a la otra. Ambas publicaciones se convierten en cotos cerrados, donde las exclusiones son evidentes. No hay espacio para la polémica, ni para la discusión de las aporías que pueblan el espacio social.

Nuestra crítica literaria habla de un hito estelar en este proceso, constituido por el llamado "boom literario", durante los años 2005 al 2008, impulsado a partir de un importante auge editorial, generado tanto por el estado como por iniciativa privada. El gobierno creó su Plataforma del Libro y la Lectura, que tenía como meta publicar "cada día un libro". Este fue un

proceso que puso a circular libros de antiguos y nuevos autores, clásicos de la literatura nacional, latinoamericana y universal.

Curiosamente, no es la poesía la protagonista de esos programas ideológicos que encarna ahora la literatura. Lo es esencialmente la novela. Dos autores coparon el protagonismo de ese llamado boom literario, en el espacio de los opositores al gobierno dominante. Ellos fueron Federico Vegas (2005) y Francisco Suniaga, cuyas obras tuvieron un gran éxito. Del primero, quiero referirme no a su novela más vendida (*Falke*, del 2005), sino a *Sumario,* una novela histórica que tematiza el magnicidio cometido contra Carlos Delgado Chalbaud. Del segundo, aludo *El pasajero de Truma*n (2008). Se observa en estos autores un afán por reivindicar personajes históricos, hacerle algunas enmiendas para presentarlos como especie de héroes civiles, defensores de una especie de realismo liberal. Escalante, el personaje creado por Suniaga es blanqueado por la ficción. En otra ocasión (Cfr. Medina, 2012) afirmamos que

> En algunas oportunidades el autor parece deslizarse en las palabras del personaje central. Resulta históricamente poco verosímil pensar en Diógenes Escalante como un hombre de grandes ideas democráticas. Sobre todo si tomamos en cuenta que fue funcionario privilegiado de los dictadores Castro y Gómez, y que en el postgomecismo le tocó asumir un ministerio importante, el de Relaciones Interiores, y que ocupó las embajadas más emblemáticas de la diplomacia venezolana, como son las de Estados Unidos e Inglaterra (69)

En relación a la novela de Federico Vegas, hemos dicho también que

> No podía escapar esta novela a la crítica implícita al mesianismo militarista, y una inclinación por el Mesías Civil. Así como Suniaga encomia a Diógenes Escalante como el héroe civil caído, Vegas va construyendo con su relato de Delgado una imagen desmilitarizada. Interesante los pasajes en los que lo piensa construyendo puentes en París, y luego haciéndose militar más por las circunstancias que por vocación. En contraste, el verdadero Militar (el forjado para eso), Marcos Pérez Jiménez es calificado categóricamente por su hija Emilia como "un Bobo". Vegas quiere condonarle a Chalbaud los dos golpes en los que estuvo involucrado; su participación (su traición a Gallegos, de quien decía tener grandes deudas afectivas) en tales eventos fue producto de un medio político venezolano aún nostálgico de Juan Vicente Gómez. (2012:72)

Estamos asistiendo a una literatura intervenida por la ideología. Vargas Álvarez ve en ese proceso un

> … intento de afirmar una tendencia más compleja dentro del espacio literario que trata, consciente o inconscientemente, de forzar a la obra para hacerla coincidir con los proyectos editoriales propios de la globalización o para entender a las obras como enunciados que construyen claves interpretativas de un proceso histórico y político que condujo al país hasta el chavismo. Creo que dentro de este período del "auge editorial", leer, escribir y editar una novela no fueron sólo operaciones estéticas/intelectuales; porque lo político, lo "opinático" y lo comprometido se abrieron paso y rediseñaron el campo (2013: 45)

Podríamos anotar aquí un fracaso de la literatura como sistema. Por lo que

> El nomos del campo literario colapsó; pero en el caso venezolano no fue el mercado quien lo hizo colapsar. Es singular: el campo perdió autonomía e inició un éxodo para negociar con el mercado; pero lo hizo no por la presión de la globalización, sino por presión política (2013: 46).

Pero ese nomos colapsado también ha falsificado el trabajo tematológico de la literatura. Y la crítica se ve impelida a construir mitos. Uno de ellos, es el de que existe una literatura del exilio en Venezuela. Miguel Gomes, escritor venezolano, de origen portugués, desde hace treinta años residenciado en Estados Unidos, alerta sobre el abuso de esa denominación. Y considera

> … indecente apropiarme de ese dolor muy tangible, pero notaba que periodistas y lectores empezaban a distribuir demasiado a la ligera las denominaciones. Argumenté que algunos escritores se dejaban clasificar como exiliados sin serlo porque el capital simbólico que ello concede no es desestimable.

La invención de esta temática enriquece una visión ideologista de nuestra literatura, forma parte de la existencia de una postliteratura, que apuesta por producir capital simbólico mediante una "rigidización" de los imaginarios políticos en pugna.

**

Esta larga travesía por la Crítica Literaria en Venezuela no acaba aquí. Simplemente la interrumpimos por ahora, dejando abiertos otros campos que tendrían también relevancia. Me parece que habría que hacer otros apartes, en esta travesía. Por ejemplo, a las universidades, donde se ha producido y organizado un gran porcentaje de nuestra crítica. De igual manera habrá que detenerse en una vertiente que analiza las obras literarias venezolanas a la luz de los estudios del imaginario nacional. Y otro aparte, entre muchos que puedan generarse, es el de la mirada de la crítica que evalúa nuestra literatura en el exterior.

Podríamos decir que la crítica literaria venezolana toma un rumbo más fructífero, gracias a las universidades. Las Escuelas de Letras en las tres grandes universidades nacionales (Universidad Central de Venezuela, Universidad de los Andes, la Universidad del Zulia), con sus Institutos de Investigaciones Literarias, y los Pedagógicos han impulsado una agenda investigativa determinante en el área. Desde la UCV, resaltan figuras como Ángel Rosenblat, Pedro Grases, Osvaldo Larrazábal Henríquez, Rafael Di Prisco, Francisco Rivera, Gustavo Luis Carrera, Pilar Almoina de Carrera, María del Rosario Jiménez, Jorge Romero, Carlos Sandoval, Antonieta Alario, José Fabiani Ruiz, Pedro Beroes, Judith Gerendas, Jesús Sanoja Hernández, Luis Navarrete Orta, Alfredo Chacón, Lyda Zacklin, Ángel Gustavo Infante, Luz Marina Rivas, Leonardo Azparren Giménez, entre otros, quienes, liderados por el Instituto de Investigaciones Literarias han sentado una sólida infraestructura del conocimiento de la literatura venezolana. Desde la Universidad de los Andes, bajo la égida del Instituto de Investigaciones Literarias "Gonzalo Picón Febres", puede anotarse su valioso *Diccionario general de la Literatura Venezolana*, cuya primera edición coordinaron Lubio Cardozo y Juan Pintó, en 1974. Su última versión fue coordinada por Víctor Bravo y se editó en 2013; y su alcance fue más lejos, pues, además de dedicarse a los autores, incorporó otras secciones: obras, movimientos, grupos, revistas, géneros, generaciones, regiones y premios. Además de Cardozo, Bravo y Pintó, esta Universidad cuenta con investigadores como Carlos César Rodríguez, Luis Javier Hernández, Gregory Zambrano, Alberto Rodríguez Carrucci, Enrique Plata, José Gregorio Vásquez, Douglas Bohórquez (Nos falta muchos otros por nombrar). De la Universidad del Zulia, señalamos el trabajo investigativo de Cósimo Mandrillo, José Antonio Castro, Blas Perozo Naveda, Fátima Celis, Enrique Arenas, Víctor Fuenmayor, Juan Gregorio Rodríguez y otros más. De los Pedagógicos podemos nombrar a Pedro Díaz Seijas, Manuel Bermúdez, Argenis Pérez Huggins, Domingo Miliani, Elena Vera, Oscar Zambrano Urdaneta, Magalys Caraballo, Nívea Español, Morella Contramaestre, Franco Rojas Pozo. . Una iniciativa que impulsó la universidad venezolana fue la celebración por más de treinta años ininterrumpidos del Simposio de Docentes e Investigadores de la Literatura Venezolana, que reunía a críticos nacionales e internacionales para discutir sobre la literatura nacional, que ha generado un rico material, recogido en memorias, libros y artículos.

Desde finales de la década de los 70, la investigación literaria en Venezuela abrió el camino al estudio de los imaginarios. Y para ello recurrió a la multidisciplinariedad, incorporando a su visión la historia y la filosofía. En el marco de esa vertiente, es notable la vuelta de la crítica literaria al Siglo XIX venezolano. Podemos señalar un núcleo relevante para esa iniciativa en la Universidad Simón Bolívar, donde confluyen investigadores como Beatriz González Stephens, Javier Lasarte, Luis Barrera Linares, Carlos Pacheco, Paulette Silva Beauregard, Arturo Almandoz Marte, Sonia García, Violeta Rojo, Christián Álvarez, y muchos más, que han hecho aportes valiosos a la mirada multicultural de la literatura venezolana. Ese mismo interés también está presente en la nueva generación de investigadores de la UCV y en la Universidad Católica "Andrés Bello", en la que también se ha cultivado este tipo de estudio. Igualmente habría que sumar las actividad de investigación que ha venido desarrollando el Centro de Estudios Latinoamericanos "Rómulo Gallegos", desde donde se ha investigado y difundido temas relacionan el pensamiento, la filosofía y la historia con la literatura del país. En ese sentido, se pueden destacar trabajos valiosos de Mirla Alcibíades, Raquel Rivas Rojas, Alejandro Bruzual, Rafael Castillo Zapata

También habría que hacer un balance de la mirada que desde el exterior se realiza a las obras de nuestros escritores, destacando un hecho innegable: la literatura venezolana despierta un interés muy tímido. En las historias universales de la literatura, por ejemplo la de José María Valverde, el número de autores venezolanos referidos es muy precario. Algunos manuales de literatura latinoamericana, como el de Giuseppe Bellini, circulan con informaciones erróneas y las perspectivas con que se miran a nuestros escritores y nuestro desarrollo literario es muy superficial. No obstante, en la última década de los 90 del siglo pasado y en lo que va de este siglo, se pueden anotar iniciativas alentadoras. Como la creación de la Cátedra de Literatura Venezolana "Ramos Sucre", en Salamanca, coordinada por la catedrática en Literatura Hispanoamericana Carmen Ruiz Barrionuevo, gracias a la cual se publicó el libro *Voces y escrituras de Venezuela*, que recoge un conjunto de conferencias sobre autores nuestros, elaboradas fundamentalmente por investigadores españoles. De igual manera, se puede reseñar el encuentro de escritores y críticos venezolanos, celebrado en 1999, en la ciudad alemana de Eichstätt, coordinado por el latinoamericanista Karl Kohut, denominado *Literatura venezolana hoy. Historia y presente urbano*, cuyo mismo título sirvió para un libro editado por la Universidad Católica de Eichstätt. Francois del Prat, desde Francia, Maurice Belrose, desde Martinica y Lancelot Cowie, de Trinidad se cuentan entre los críticos interesados en la literatura venezolana y sus textos han circulado vía libros y artículos de revistas. Ojalá que la ola de la polarización respecto a nuestro país no contagie el trabajo de la crítica de la literatura venezolana y podamos ver un acercamiento a ella, tomando en cuenta esencialmente el potencial de nuestra literatura.

**

A mi me gustaría concluir esta larga travesía por la crítica literaria venezolana con una propuesta esperanzadora, enemiga de las encrucijadas. La hace Jorge Romero León, en su libro *La sociedad de los poemas muertos (Estudio sobre la poesía venezolana: 1840-1870)*, quien dice al inicio de su texto:

… pienso que una de las grandes carencias de nuestra crítica moderna al leer la literatura del siglo XIX ha sido la de prescindir de las vivencias e iluminaciones que despiertan las imágenes de nuestra literatura, por más precario que sea el imaginario que ellas provoquen. En consecuencia, casi siempre aparecen lo histórico y los sujetos que lo configuran como entes o procesos abstractos que solamente pueden colocarse, en relación al texto, como telones de fondo, como escenario que "enriquecen" o "ensanchan" nuestra literatura y nuestra cultura, que están "detrás", "al margen", "encima", "debajo", pero jamás "dentro" del texto, nunca configurando activa y creativamente nuestro "archivo cultural". (2002: 11)

Referencias

Acevedo, Rafael (1911). *El libro. Composición leída por su autor en el acto de coronación de Don Eduardo Blanco... la noche del 28 de Julio de 1911.* Caracas: Tip. La Religión

Almoina de Carrera, Pilar (1982). *Cronistas e historiadores: ¿antecedentes de la literatura venezolana?* Caracas: Universidad Central de Venezuela.

Almoina de Carrera, Pilar (2001). *Más allá de la escritura: literatura oral (Sobre textos de la tierra inédita)* Caracas: Universidad Central de Venezuela.

Aray, Edmundo (2014). *Nueva Antología de El Techo de la Ballena.* Mérida: Fundecem.

Arráiz Lucca, Rafael (2002). *El coro de las voces solitarias / Una historia de la poesía venezolana.* Caracas: Fondo Editorial Sentido.

Araujo, Orlando (1972). *Narrativa venezolana contemporánea.* Caracas: Caracas: Editorial Tiempo Nuevo.

Balza, José (2012). *Ensayos crudos.* Caracas. Monte Ávila Editores.

Balza, José (2008). *Pensar a Venezuela.* Caracas: bid & co. editor.

Balza, José (2007). Prólogo a Semprun. *Crítica, visiones y diálogos.* Biblioteca Ayacucho N°. 236).

Balza, José (1996). Notas para un prólogo. En *El cuento venezolano. Antología de José Balza.* Caracas: Universidad Central de Venezuela. pp. 5-8.

Barrera Linares, Luis (agosto-diciembre 2007). La crítica literaria en Venezuela: Decálogo para un suicidio. Revista Nuestra América. No. 4. PP.- 93-109.

Barrera Linares, L. (2006). Palabras en guerra: enfrentamientos discursivos de principios de siglo. En Pacheco, C., Barrera Linares, L. y González, B. (Coords.), *Nación y Literatura. Itinerarios de la palabra escrita en la cultura venezolana* (pp. 873-888). Caracas: Editorial Equinoccio.

Barrera Linares, Luis (2005). *La negación del rostro.* Caracas: Monte Ávila Editores.

Barroeta, José (1994). *Lector de travesías.* Mérida. Ediciones Solar.

Becco, Horacio Jorge (1978). *Fuentes para el estudio de la literatura venezolana,* Caracas: Fundación para el rescate del acervo documental venezolano/Ediciones Centauro.

Bellini, Giuseppe (1970) *La Letterature Ispano-Americana delle letterature precolombiane ai nostri giorni.* Firenze- Milano: Sansoni Academia.

Belrose, Maurice (1993). De la comprensión del Modernismo por los modernistas venezolanos.. *Memoria del XVIII Simposio de docentes e investigadores de la literatura venezolana*. UCV- Facultad de Humanidades y Educación, 1993, pp. 35-46.

Belrose, Maurice (1989). El modernismo en Venezuela, entre criollismo y cosmopolitismo". *Anuario* (Caracas) (3): 95-110,1989.

Belrose, Maurice (1979). *La sociedad venezolana en su novela (1890-1935).* Maracaibo: Universidad del Zulia.

Belrose, Maurice (1980) .Le criollismo´ au Venezuela: expression littéraire d´une prise de conscience nationale". En: *Espace Créole. Revue du Gerec.* París: Editions Caribéennes, N° 4, pp. 45-68.

Bohórquez, Douglas (1998). Coordinador. *Memorias del XXII Simposio de Docentes e Investigadores de la Literatura Venezolana. Mérida: Universidad de los Andes.*

Bravo, Víctor (2007). *El señor de los tristes y otros ensayos.* Caracas: Monte Ávila Editores.

Bravo, Víctor (1994). *Letras en el sueño.* Mérida: Ediciones Solar.

Bravo, Víctor (2013). Coordinador. *Diccionario General de la Literatura Venezolana.* Caracas: Monte Ávila.

Bruzual, Luis (1988). *Significación de la revista Contrapunto (1948-1950).* Caracas: Ediciones de la Casa de Bello.

Calcaño, Julio (1892). *Parnaso venezolano.* Caracas: Tipografía El Cojo.

Calzadilla, Juan (2008). *El Techo de la Ballena 1961-1969.* Caracas: Monte Ávila Editores.

Cardozo, Lubio. (2011). *La poesía venezolana escrita en la Guerra de Independencia*. Caracas: Editorial El Perro y la rana.

Cardozo, Lubio. (1997). *Paseo por el bosque encantado (Ensayos sobre poetas venezolanos contemporáneos: 1940-1980)*. Mérida: Universidad de los Andes.

Cardozo, Lubio. (1992). *La poesía lírica venezolana en el siglo XIX*. Mérida: Universidad de los Andes.

Cardozo, Lubio y Juan Pintó (1974). Coordinadores. *Diccionario General de la Literatura Venezolana (Autores)*. Mérida: Universidad de los Andes.

Carrera, Gustavo Luis (2019). La dialéctica de vanguardia del grupo literario Crítica Contemporánea y su circunstancias. Revista Entreletras, pp. 13-16.

Carrera, Gustavo Luis (2005). *La novela del petróleo.* Mérida: Universidad de los Andes.

Carrera, Gustavo Luis (2013). S*iglo XX: juego de espejos literarios y otros temas de teoría y crítica*. Maracaibo: Universidad Católica Cecilio Acosta.

Carrera, Gustavo Luis (1984). *Imagen virtual*. Mérida: Universidad de los Andes.

Crespo, Luis Alberto (2004) *El país ausente*. Barcelona: Fondo Editorial del Caribe.

Delprat, Francois (1990). Lo nacional en la Revista Nacional de Cultura (1938-1939). América. Cahiers du CRICCAL ,4-5, pp. 239-248.

Gómes, Miguel (agosto de 2019) Nuevas provincias de la literatura venezolana. https://prodavinci.com/las-nuevas-provincias-de-la-literatura-venezolana/

González-Stephan, Beatriz, Javier Lasarte, Graciela Montaldo y María Julia Daroqui (Comp, 1995). *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*. Caracas: CELARG- Monte Ávila Editores.

González-Stephan, Beatriz y Carlos Sandoval (Coordinadores, 2011). *Fijar la patria. Eduardo Blanco y el imaginario venezolano.* Caracas: bid&co. Editor.

Hernández Fernández, Omaira (2009). Historiografía literaria venezolana (1875-1940): Entre la memoria y el olvido. Revista Heurística N° 11 Enero-Junio 2009. Pp. 113-120.

Infante, Ángel Gustavo (2002). *Primeros momentos del pasado crítico.* Carcas. Universidad Central de Venezuela.

Isava, Luis Miguel (2016). De la crítica de poesía en Venezuela. http://historico.prodavinci.com/2016/02/20/artes/de-la-critica-de-poesia-en-venezuela-por-luis-miguel-isava-2/.

Jiménez Emán, Gabriel (1988-1991) (Compilación, Prólogo y notas). *El ensayo literario en Venezuela*. Tomos I-VI.

Jiménez Emán, Gabriel (1989). *Relatos venezolanos del siglo XX*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Jiménez Turco, María del Rosario (2003). *El relato humorístico tradicional en Venezuela: una aproximación a su estructura y su tipología.* Caracas: Universidad Central de Venezuela.

Kohut, Karl (1996). Editor. *Literatura venezolana hoy. Historia y presente urbano*. Eichstätt: Publicaciones de la Universidad Católica de Eichstätt.

Liscano, Juan (1973). *Panorama de la literatura venezolana actual.* Caracas: Secretaría General de la Organización de los Estados Americanos.

López Ortega, Antonio (2019). "Palabras de presentación de la Antología de poesía venezolana del siglo XX en el Instituto Cervantes". https://prodavinci.com/palabras-de-presentacion-de-la-antologia-de-poesia-venezolana-del-siglo-xx-en-el-instituto-cervantes/

Lotman, Yuri (1996) S*emiótica de la cultura y del texto.* Valencia: Ediciones Cátedra.

Lovera De Sola, Roberto (1982). *Bibliografía de la crítica literaria venezolana 1847-1977*. Caracas.

Macht de Vera, Elvira (1992). *El ensayo contemporáneo en Venezuela.* Caracas. Monte Ávila Editores.

Medina, Celso (2012). El fracaso o la antiépica en dos novelas venezolanas: El Pasajero de Truman y Sumario. Recherches. Culture et Histoire dans l'Espace Roman. No. 8. L'échec dans la littérature hispano.américaine. sous la direction de Nathalie Besse. Pp. 63-74.

Medina, Celso (1995). Coordinador. *Memorias del XXI Simposio de Docentes e Investigadores de la Literatura Venezolana.* Maturín: Instituto Pedagógico de Maturín.

Medina, José Ramón (1993). *Noventa años de literatura venezolana*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Meneses, Guillermo (1967). Espejos y disfraces. Caracas: Editorial Ate.

Miliani, Domingo (1971). *Vida intelectual de Venezuela.* Caracas: Ministerio de Educación.

Oropeza, José Napoleón (1984). *Para fijar un rostro. Notas sobre la novelística venezolana actual. Caracas: Vadell Hermanos Editores.*

Osorio, Nelson (1985). *La formación de la vanguardia literaria en Venezuela (antecedentes y documentos).* Caracas. Academia Nacional de

la Historia

Paz Castillo, Fernando (1994) *Obras completas. Tomos I-XI*. Caracas: Casa de Bello.

Pérez Carmona, Antonio (2004). *Viaje por la poesía venezolana y el orbitar universal*. Caracas: Consejo Nacional de la Cultura.

Picón Febres, Gonzalo (1972). *La literatura venezolana en el siglo XIX*. Prólogo de Domingo Miliani. Caracas: Fuentes para la Historia de la Literatura Venezolana.

Picón Salas, Mariano (1984). *Formación y proceso de la literatura venezolana*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Rama, Ángel (1991). *Ensayos sobre literatura venezolana*. Caracas: Monte Ávila.

Rama, Ángel (1991). *Antología de El Techo de la Ballena*. Caracas: Fundarte.

Ramos, Ioannis Antzus (2017). El proyecto cultural de Guillermo Sucre (1958-1968). Estudios, enero-junio 2017. 111-144.

Rivas Rojas, Raquel (2002). Un campo de batalla sin sangre. La heroicidad vicaria de Eduardo Blanco. Bulletin of Hispanic studies (Liverpool. 2002), Vol. 84, Nº. 1, 2007, pp. 59-67

Rivas Rojas, Raquel (2010). *Narrar en dictadura: renovación estética y fábulas de identidad en la Venezuela perezjimenista*. Caracas: Editorial El Perro y la rana.

Rivas Dugarte, Rafael Ángel y Gladys García Riera (2012). *Diccionario de Escritores Venezolanos*. Caracas: Universidad Católica "Andrés bello".

Rodríguez Carucci, Alberto (2017). *Diversidad, escritura y alteridades en la literatura venezolana*. Caracas: Centro Nacional del Libro.

Rodríguez Carucci, Alberto (2012). S*ueños originarios. Memoria y mitos en la literatura venezolana*. Caracas: Editorial El Perro y la Rana.

Rodríguez Carucci, Alberto (2002) *Leer el caos*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.

Rodríguez Ortiz, Oscar (1983). *Antología fundamental del ensayo venezolano*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Rodríguez Ortiz, Oscar (1983). *Ensayistas venezolanos del siglo XX: una antologí a* /introducció´n, selección, notas y bibliografía de Oscar Rodríguez Ortiz.

Rodríguez Ortiz, Oscar (1985). Intromisión en el paisaje" "" (1989),

Rodríguez Ortiz, Oscar (1989). Tres ensayos sobre el ensayo venezolano

Rodríguez Ortiz, Oscar (1983). Paisaje del ensayo venezolano (1999)

Romero, Jorge (2012). *La sociedad de los poemas muertos (Estudio sobre la poesía venezolana: 1840-1870)*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.

Sambrano Urdaneta, Oscar (1979). *Contribución a una bibliografía general de la poesía venezolana del siglo XX*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.

Sandoval, Carlos (2019). ¿Para qué sirve la crítica? en http://criticalatinoamericana.com/para-que-sirve-la-critica-2/.

Sanoja Hernández, Jesús (2009). *El día y la huella*. Caracas: bid&co. Editor.

Santaella, Juan Carlos (1992). *Manifiestos literarios venezolanos*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Silva Beauregard, Paulette (1993). *Una vasta morada de enmascarados*. Caracas: Ediciones Casa de Bello.

Sola, Otto de Vicente (1984). *Antología de la poesía venezolana*. Prólogo de Mariano Picón Salas. Caracas: Monte Ávila Editores.

Sucre, Guillermo (1975). *La máscara, la transparencia. Ensayos sobre Poesía Hispanoamericana*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Sucre, Guillermo (1993). *Antología de la poesía Hispanoamericana Moderna*. Caracas: Monte Ávila Editores/Editorial Equinoccio.

Torres, Ana Teresa (2000). *A beneficio de inventario*. Caracas: Editorial Memorias de Altagracia.

Thibaudet, Albert (1930). *Physiologie de la critique*. Paris: Éditions de la Nouvelle Revue Critique, collection « Les Essais critiques ».

Trujillo, Antonio (2014). *Regiones verbales los poemas cuentan su vida*. Caracas: Fondo Editorial Fundarte.

Uslar Pietri, Uslar (1978). *Letras y Hombres de Venezuela*. Madrid: EDIME.

Vargas Álvarez, Pedro Luis (enero-diciembre 2013). Postpolítica y postautonomía: desplazamientos hacia el mercado durante el llamado "auge editorial" venezolano". Voz y Escritura. Revista de Estudios Literarios. Nº 21, pp. 35-54.

Vera, Elena (1985). *Flor y canto. 25 años de poesía venezolana*. Caracas: Academia de la Historia.

Vilain, Roger y Diego Rojas Ajmad (2011). *Revista válvula (1928)*. Edición facsimilar. Mérida: Universidad de los Andes.

Villasana, Ángel Raúl (1979). Ensayo de un repertorio bibliográfico venezolano

Wellek, René (1968). *Conceptos de crítica literaria*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.

Zambrano, Gregory (2012). *La literatura venezolana del siglo XIX: Fuentes para su estudio*. Mérida: Universidad de los Andes.